

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIII - Núms. 785-786
Noviembre-Diciembre 1996

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Francisco Canals Vidal

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA

Imprime: Gráficas Fomento, S.A.
Sant Gabriel, 70-76. Esplugues de L.
Depósito Legal: B-15860-58

Las lecciones del Santo Pesebre

Dr. Josep Torras i Bages

La herencia de los mártires

Juan Pablo II

Jesucristo, señor de las naciones

Lacordaire

«La verdad no puede contradecir a la verdad»

Juan Pablo II

En evolucionismo en la encíclica *Humani generis*

Falsas interpretaciones del discurso del Papa sobre el origen de la vida y la evolución

José M^a Petit Sullá

Algunas reflexiones en torno al evolucionismo

J.M.P.S.

En la democracia absoluta

F.C.V.

Algunos grabados de tradición inmaculista

Fr. Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

¿Santa Teresita del Niño Jesús, doctora de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración?

Evaristo Palomar Maldonado

Ante el próximo centenario de santa Teresita del Niño Jesús

E.P.M.

Parábolas de santa Teresita (1)

El tomismo en América del Sur

Eudaldo Forment

La metafísica de santo Tomás en el nuevo Catecismo

Francisco Canals Vidal

José María Quadrado en la defensa de la unidad católica

Santiago Amer

Beatificación de los mártires de la Iglesia uniata de Podlasia

Jorge Soley Climent

In memoriam. Plinio Córrea de Oliveira

NAVIDAD 1996



Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, sobre cuyo hombro está el principado, y cuyo nombre se llamará: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz. Para acrecentamiento del principado y para una paz sin fin sobre el trono de David y sobre su reino.

(Isaías 9,5-6)

LAS LECCIONES DEL SANTO PESEBRE

Dr. Josep Torras i Bages

El santo obispo de Vic, de quien estamos celebrando el ciento cincuenta aniversario de su nacimiento, escribió a sus diocesanos, el 29 de noviembre de 1907, una pastoral, de la cual entresacamos el siguiente fragmento. Con él queremos desear a nuestros suscriptores y amigos unas santas fiestas de Navidad.

... os exhortamos a todos a prepararos para la gran solemnidad de la Navidad. Los hombres vivimos en el mundo y nuestra vida exterior sofoca la vida interior. La vida mundana produce una especie de aturdimiento, nos distrae e impide la reflexión. Una distracción extraordinaria produce malísimos efectos en nuestra alma. Cuando un hombre pierde el entendimiento y cae en la locura decimos que se ha distraído porque ha desaparecido de él la reflexión. Pues bien, el mundo, con sus distracciones, con sus novedades, con sus diversiones excesivas, con las pasiones que desenfrena impide la reflexión cristiana, y por eso nuestra santa Madre la Iglesia, de vez en cuando, durante el curso del año, llama de un modo particular y solemne al hombre a la reflexión, proponiéndole el recuerdo y la consideración de los grandes misterios de la venida, de la vida y de la muerte y de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, para que su espíritu se eleve, por encima de las cosas pasajeras de esta vida, a la contemplación de las cosas eternas...

Contemplando el Santo Pesebre los hombres aprendemos utilísimas lecciones que hemos de aprovechar. El Niño que nace de la Virgen María es el Verbo, la Palabra, la Sabiduría del mismo Dios y substancia divina; por él han sido hechas todas las cosas y todas las sigue gobernando; y, no obstante, se presentó entre los hombres como un niño desvalido, como toda criatura cuando nace. Escondió su dignidad altísima, sus atributos inefables, y quiso confundirse con los demás hombres, de manera que no se le podía distinguir de los restantes nacidos de mujer. Así confunde Él nuestra vanidad y soberbia y nos enseña que no hemos de poner el corazón en las ilusiones de la vida, que sólo nos engañan. Jesús es el enemigo de todo engaño; y el mundo es el gran engañador de los hombres. Y aunque a veces digamos: "contentos y engañados", lo cierto es que el engaño no puede proporcionarnos una satisfacción duradera y que en cuanto llega el desengaño la amargura resulta mayor.

Por eso, Nos, carísimos hermanos e hijos, al deseáros unas felices fiestas para las próximas solemnidades del Nacimiento y de la Infancia de Nuestro Señor Jesucristo (que es una de las partes del año de mayor consuelo espiritual, y a cuya contemplación dedica la Iglesia el tiempo que media entre la Navidad y la Virgen de la Candelaria), al transmitir os nuestra felicitación os deseamos, no

la felicidad según la entiende falsamente el mundo, sino tal como la enseña la Iglesia, instruida por el Evangelio.

Os deseamos la paz del corazón y el consuelo del espíritu, que es una felicidad que nada puede destruir; la felicidad de la buena conciencia, de la fe sólida y de la esperanza cierta que vino a traernos el Salvador, el Niño nacido en el portal de Belén, que nos enseñó una ley de vida suave, que nos impuso el yugo de una obligación ligerísima; porque la vida cristiana es tan fácil y soportable, que la observan niños y niñas de pocos años, y ancianos y ancianas tan fatigados que casi no pueden caminar; porque la ley cristiana, la ley que viene a enseñarnos el Niño que nace en el portal de Belén, no es una carga sino un auxilio y un consuelo.

Os enviamos, pues, estas felices fiestas de una felicidad superior, porque es una felicidad interior; del consuelo de la vida cristiana, de la dulzura del espíritu y de una delicia del corazón; de la santa caridad que reúne y une con un lazo de amor a todos los cristianos que no están en pecado, con el mismo Señor de cielos y tierra, con el Niño que el mismo día de Navidad adoramos en el Pesebre. Y por ello exhortamos de un modo particular a aquellos de nuestros estimados diocesanos en quienes tal vez el pecado se ha adueñado de su corazón para que procuren ponerse en gracia, a fin de participar de los beneficios de la venida del Hijo de Dios al mundo.

No dejéis, carísimos, de recibir los Santos Sacramentos en las festividades del Nacimiento y de la santa Infancia de Jesús; es la manera más propia de celebrar su venida. De aquellos que no están en gracia de Dios y no quieren alcanzarla se puede decir aquello que el Evangelio dice de los judíos incrédulos, cuando recuerda que el Salvador fue a los suyos y los suyos no le recibieron. Aquel que rechaza la gracia de Dios rechaza al mismo Dios y, por consiguiente, no quiere recibir a Jesús, que viene al mundo para habitar en el corazón de los cristianos.

Preparemos todos nuestro corazón para recibir esta celestial visita, y si le recibimos dignamente en la santa Comunión no sólo será una visita mística, sino real y verdadera, porque en la sagrada Hostia substancialmente está el mismo Jesús del Pesebre, que nos fortalecerá para subir sin fatiga la subida de la vida que lleva a la Gloria, y Él será nuestro consuelo en el tiempo del destierro y nuestro premio en la eternidad...

LA HERENCIA DE LOS MÁRTIRES

En su último viaje a Francia, el papa Juan Pablo II se dirigió, el 19 de septiembre, a los jóvenes reunidos en Saint-Laurent-sur-Sèvre, en la Vendée. Una vez más, recordó la presencia espiritual de san Luis María Grignon de Montfort y la fecundidad de aquella tierra en el testimonio de la fe hasta el martirio.

Queridos amigos de Saint-Laurent-sur-Sèvre y de la diócesis de Luçon; queridos jóvenes:

En el camino de mi peregrinación a la tumba de san Luis María Grignon de Montfort, os doy las gracias por haber venido a recibirme. Me alegra saludaros a vosotros, que habéis nacido en esta tierra de la Vendée y conserváis el recuerdo valioso de páginas trágicas y, a la vez, hermosas de vuestra historia.

Sois los herederos de hombres y mujeres que tuvieron la valentía de permanecer fieles a la Iglesia de Jesucristo, cuando su libertad y su independencia estaban amenazadas. No estaban al margen de los movimientos de su época y aspiraban sinceramente a la necesaria renovación de la sociedad, pero no podían aceptar que se les impusiera una ruptura de la comunión con la Iglesia universal y, especialmente, con el Sucesor de Pedro. Así, el párroco de Maillé, Joseph Herbert, inspirándose en las palabras de Cristo, había dicho noblemente: «Yo, ciudadano del Estado, siempre he dado al César lo que es del César; pero no dejaré de dar a Dios lo que es de Dios».

Testigos de Cristo

Durante los terribles enfrentamientos, muchas acciones pudieron estar marcadas por el pecado, tanto de una parte como de otra. Pero *numerosos mártires, unidos santamente a Cristo, entregaron su vida aquí*, asociándose al Hijo de Dios en el sacrificio de la cruz. Siguieron hasta el fin a su verdadero Maestro, que vino para revelar la verdad que libera y la profundidad del amor de Dios a todos los hombres.

Entre los numerosos testimonios que nos han llegado, es impresionante ver que los vendeanos permanecieron *unidos a sus parroquias y a sus sacerdotes*, a pesar de la crueldad de las persecuciones. Tenían verdadera hambre de la Eucaristía; arriesgando su vida, querían participar en la misa y recibir el Pan de vida. Aspiraban a recibir el sacramento del perdón, conscientes de que siempre tenemos necesidad de la misericordia divina.

Algunos de ellos, tanto religiosos como laicos, dieron prueba de un conmovedor espíritu cristiano cuando curaban a los heridos sin importarles en qué campo esta-

ban, o cuando, impulsados por jefes como d'Elbée, que los convenció a *tomar en serio las palabras del perdón* que rezaban en el padrenuestro, decidían salvar a sus enemigos.

Queridos amigos, evocando sólo algunos rasgos de vuestra historia, quisiera invitaros a conservar los mejores. *Permaneced unidos a Cristo*; como él, amad a toda la humanidad, comenzando por sus miembros más desvalidos. *Permaneced fieles a la Iglesia, a la Eucaristía y al sacramento del perdón*. Dejaos penetrar por el amor que viene de Dios. Así, lejos de cultivar nostalgias estériles, seréis dignos de vuestros padres y seguiréis viviendo generosamente como piedras vivas de la Iglesia, a la que permanecieron unidos hasta derramar su sangre por ella.

La alegría de la fe

Ahora *me dirijo a los jóvenes* reunidos aquí, alumnos de las escuelas católicas y de las públicas. Amigos, lo que acabo de deciros os concierne tanto a vosotros como a las personas mayores.

Sé que a veces experimentáis dificultades reales para afirmar vuestra fe y vuestra pertenencia a la Iglesia.

Así pues, os digo: ¡ánimo! *No os dejéis vencer por la indiferencia*, tan difundida en vuestro entorno. No os dejéis impresionar por quienes rechazan las exigencias de la fe cristiana o se burlan de ella.

Ahora os toca a vosotros trazar vuestra ruta. *Vuestra formación es un verdadero entrenamiento*. Acordaos de san Pablo: habla de los atletas que se entrenan para la carrera con una disciplina severa por un premio efímero; pero el cristiano sabe adónde lo lleva su esfuerzo: a triunfar en la vida como discípulo de Jesús (cf. 1 Cor 9, 24-27). Si seguís *el ejemplo de Cristo*, desarrollaréis lo mejor de vosotros mismos y aprenderéis tanto a dar como a recibir.

No estáis solos; *formáis parte de una gran comunidad*. En la Iglesia, el Papa, los obispos unidos a él, los sacerdotes, los religiosos, las religiosas y los educadores laicos, en unión con vuestras familias, están para escucharos, acompañaros y orientaros. Su única ambi-

ción es la de transmitir la buena nueva de Cristo. ¡No dudéis en recurrir a ellos para crecer en la fe!

Como los discípulos en la orilla del Jordán, preguntad al Señor: «Maestro, ¿dónde vives?». Él responderá: «Venid y lo veréis» (Jn 1,38-39). Sabéis que estas palabras serán el tema de la *Jornada mundial de la juventud*, que se celebrará el próximo año en París. Será una ocasión para que muchos de vosotros compartáis vuestra experiencia cristiana con jóvenes de otros países del mundo. Preparaos para acogerlos fraternalmente.

Queridos amigos, confiad en Cristo; uníos a él en la oración y sed miembros activos de la comunidad de sus discípulos. Ocupad, sin demora, vuestro lugar

en la Iglesia. Con vuestros hermanos y hermanas de todas las generaciones, *trabajad para que «amor y verdad se den cita, justicia y paz se abracen»*, como dice el Salmo 85 (v. 11).

Oro para que los mártires del pasado os guíen en vuestro camino, os ayuden a permanecer libres frente a todas las influencias y todos los poderes, y os comuniquen su *alegría de creer* y su valentía de servir a ejemplo de Cristo.

Para vosotros, jóvenes amigos, y para todos vosotros, queridos fieles de la Vendée, invoco con fervor la intercesión de san Luis María, el misionero, y la de los bienaventurados mártires de vuestra tierra. ¡Que Nuestra Señora os proteja!

Jesucristo, señor de las naciones

En este viaje, el Papa tuvo un encuentro con las autoridades francesas, a cuyo frente estaba el presidente Jacques Chirac, en Tours, el 19 de septiembre. En su discurso el Papa aludió a la visita que iba a realizar a Reims, donde conmemoraría el mil quinientos aniversario de la conversión de Clodoveo al cristianismo. Lo hizo con las siguientes palabras:

Durante mi viaje, evocaré en Reims las figuras de san Remigio, de santa Clotilde y de Clodoveo. Este último, habiéndose adherido a la fe católica, a su modo y de acuerdo con las concepciones propias de su tiempo pudo guiar a diferentes pueblos hacia la edificación de una única nación. Por tanto, es positivo que, sin confusión y en función de su sensibilidad y sus creencias, respetando las competencias y las motivaciones particulares, Francia quiera recordar uno de los momentos notables de sus

orígenes mediante iniciativas civiles, manifestaciones culturales y celebraciones religiosas. Honra a Francia el haber superado las legítimas diferencias de opinión, para recordar que el bautismo de Clodoveo forma parte de los acontecimientos que la han forjado. Es bueno que los ciudadanos de un país puedan referirse a su historia, celebrando los valores que han vivido sus antepasados y que, al mismo tiempo, siguen siendo fundamento de su vida actual y una orientación para su futuro.

Hace un siglo y medio (el 14 de febrero de 1841), un francés ilustre, el dominico padre Lacordaire, en un sermón pronunciado en Nuestra Señora de París, con motivo de la restauración de la Orden de Predicadores en Francia, evocó la vocación cristiana de la nación francesa. De este discurso, publicamos un extenso extracto:

[...]

Desde remotos tiempos, señores, Dios ha dispuesto de las naciones. El mismo día, día eterno, en que decía a su Hijo: «Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy»; añadió inmediatamente: «Pídeme y te daré las naciones en herencia tuya» (Ps 2,7-8). El Hijo de Dios recibía, pues, a un mismo tiempo de su Padre la sustancia divina y el dominio de las cosas creadas, la filiación y la herencia, según estas otras palabras, que son de san Pablo: «Dios nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó

heredero universal de todas las cosas» (Heb 1,2). Y, digámoslo de paso, en esos arcanos de la paternidad y de la herencia divina se oculta el origen de la paternidad y derecho hereditario humanos, leyes misteriosas que, procediendo de tan alto, son más fuertes que nuestra voluntad y el fundamento mismo del orden humano.

Siendo las naciones, desde la eternidad, el patrimonio del Hijo de Dios; ¿qué hará de ellas? A la manera que un buen labrador, cultiva y beneficia su tierra, antes de coger fruto de ella; del mismo modo, el Hijo de Dios, hecho

*Lacordaire*

hombre y venido al mundo para visitar las naciones, patrimonio suyo, les ha dispensado beneficios antes de pedirles nada. He aquí los dones que les ha hecho, en cuanto a naciones.

Primer beneficio, el don del poder temporal, reservando para sí el poder espiritual. Pudo reservarse ambas potestades, y gobernar directamente por sí mismo, o por medio de sus ministros las sociedades humanas; pero, no quiso. Ha permitido a las naciones elegirse jefes y regirse cada una por sus leyes y magistrados; y así como, según la expresión de la Escritura, Dios había tratado al hombre con respeto (Sab 12,18), dándole la libertad moral, ha tratado a las naciones con respeto, dándoles, por medio de su Hijo, la libertad política. Andad, les ha dicho, vuestro destino está en vuestras manos: empuñáis el cetro, herid con él la tierra; haced que sienta vuestra acción; sed, pues, los artífices de vuestros destinos sociales; recordad, empero, que vuestra autoridad es limitada; y que, al investirlos del poder temporal, me he reservado el poder espiritual, no para privaros de sus beneficios, puesto que he escogido mis ministros entre vosotros mismos; sino recelando de que abusaríais de esta doble potestad si adornara la misma frente la majestad del tiempo y la de la eternidad.

El segundo beneficio, dispensado por el Hijo de Dios a su herencia, cuando vino a visitarla, ha sido modificar la naturaleza misma del poder; o, más bien, el restablecer este poder en su primitiva constitución. Un día, hallándose los apóstoles reunidos con el Salvador, nuestro Señor les dirigió estas bellas y admirables palabras: «No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a

sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio; no ha de ser así entre vosotros; sino que quien aspire a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo; al modo que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mt 20,25 ss.). A partir de aquel momento, el poder perdió el carácter de dominación, para elevarse al estado de servicio público; y el depositario del más excelso cetro que hay en el mundo, el cetro espiritual, se ha llamado voluntariamente el siervo de los siervos de Dios.

Jesucristo había ordenado y moderado la soberanía. Quiso también ordenar y moderar las relaciones de los ciudadanos entre sí, y de las naciones con las naciones. Declaró que los hombres son hermanos y las naciones, hermanas; «que ya no hay distinción de gentil y judío, de circunciso, y no circunciso, de bárbaro y escita, de esclavo y libre» (Col 3,11).

He aquí la constitución, señores, la constitución magna, la constitución eterna, que el Hijo de Dios ha dado a las naciones al tomar posesión de su herencia. No se puede ir más allá. Se tratará de negar estos principios; se tratará también de falsearlos por consecuencias que no contienen: el espíritu de dominación y el espíritu de licencia los combatirán sin tregua, éste como insuficiente, aquél como destructor de la majestad; pero esta doble enemistad sólo servirá para manifestar su fuerza y justificarla. En cualquier pueblo que no retroceda a la barbarie, la soberanía será un servicio público limitado al orden temporal y las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo, una relación de fraternidad.

El beneficio no se concede, ordinariamente, sin condiciones. Jesucristo, al favorecer a las naciones, tenía derecho a pedirles culto, a su vez. Este culto consistía en aceptar la ley de Dios propuesta a su libre albedrío, amarla, conservarla, defenderla, propagarla, conformar con ella sus costumbres y sus instituciones, servirse de sus armas, en caso necesario, no para imponerla sino para preservarla y sacarla de la opresión, asegurando a todos los hombres el derecho de conocerla y de conformarse libremente con ella. La vocación de un pueblo no era ya extender sus fronteras, con perjuicio de sus vecinos: ésta había sido la gloria de los pueblos paganos, del pueblo romano, el más grande de todos; mas, ¿qué gloria era ésta? Lágrimas y sangre. Tal gloria era digna de las razas que el cristianismo no había aun tocado con su dedo. La vocación de las naciones cristianas es difundir la verdad, conducir a las naciones menos adelantadas al conocimiento de Dios, dispensarles, a costa de su trabajo y aun con riesgo de su vida, los bienes eternos, la fe, la justicia, la civilización. Al reflexionar sobre esta vocación, mis entrañas se conmueven; yo reconozco en ella



SERRA GODAY

Catedral de Reims

un fin digno del cielo y de la tierra, de la intervención de Dios y de la actividad humana; y estoy seguro, señores, de que nadie de vosotros me contradirá, aun cuando sea incrédulo. Pues, por más que el cristianismo haya dejado de ser vuestro señor y maestro, respira todavía en vuestros sentimientos, eleva vuestra inteligencia: si no sois cristianos por lo que respecta a Dios, lo sois más que nunca por lo que toca al hombre.

¡Triste es decirlo! Las naciones no aceptaron mejor las condiciones que los beneficios del contrato que se les había propuesto. Al mismo tiempo que exageraban la soberanía, hasta el punto de abandonarlas las cosas divinas, y que destruían la fraternidad por la esclavitud, oprimían también la verdad con la fábula, ensalzando en la historia aquellas famosas sociedades idólatras, en que la guerra, la opresión y el error se disputaban el primer lugar en la deshonra del linaje humano. Viendo Dios a los pueblos alejarse de él, eligió uno entre ellos, lo formó por sí mismo, anunciando al primero de sus antepasados, el grande Abraham, que todas las na-

ciones serían bendecidas en él, a fin de que su posteridad no se creyese la única amada. Mas ese pueblo, que Dios había formado, que había sacado de la esclavitud, al cual había dado leyes, preparado un territorio, cuyo templo había diseñado, y consagrado los sacerdotes; este pueblo fue infiel a su vocación; después de haber en todos los siglos apedreado a los profetas del Señor, cuando el Señor vino, cuando la verdad misma apareció sobre la tierra, se levantó como Caín y puso entre Dios y él un abismo de sangre, abdicando, por este crimen, el honor supremo de haber sido la primera nación consagrada a la defensa, a la conservación y a la propagación de la verdad.

Mientras tanto, se extiende el cristianismo por el universo e invade el Imperio romano; tres siglos de persecuciones no hacen más que acrecentar su fuerza: coloca a Constantino sobre el trono, y Constantino lo asocia a la majestad soberana que de él ha recibido. Sin embargo, cerca de doscientos años después de Constantino, aun no existía en el mundo una nación cristiana. Formaban el Imperio veinte razas distintas, unidas por un lazo administrativo; separadas, empero, por sus recuerdos y sus costumbres, y en el seno de las cuales el arrianismo, herejía funesta y arraigada, había arrojado un nuevo germen de discordia. Los pueblos bárbaros, que estrechaban de cerca al Imperio romano con una codicia siempre creciente, eran idólatras o arrianos, pues el arrianismo había encontrado el secreto de penetrar hasta ellos.

Ahora, escuchad lo que Dios hizo. No lejos de las orillas del Rin, daba un caudillo bárbaro una batalla a otros bárbaros; sus tropas retroceden; y recuerda, en el peligro, que su mujer adora a un Dios, cuyo poder le ha ponderado. Invoca a este Dios, y, habiendo seguido a su oración la victoria, corre a prosternarse ante el ministro del Dios de Clotilde: «Dulce Sicambro, le dijo san Remigio; adora lo que has quemado y quema lo que has adorado». Ese Dios, señores, era Cristo; ese rey, esa reina, ese obispo, esa victoria, era la nación francesa, y la nación francesa era la primera nación católica dada por Dios a su Iglesia. No soy yo el que tributo este magnífico elogio a mi patria, sino el Pontificado, a quien plugo, por justicia, llamar a nuestros reyes hijos primogénitos de la Iglesia. Del mismo modo que Dios dijo a su Hijo por toda la eternidad: Tú eres mi primogénito; la Santa Sede ha dicho a la Francia: Tú eres mi primogénita. Ha hecho más, si es posible; a fin de expresar más enérgicamente lo que de nosotros pensaba, creó un barbarismo sublime, llamando a la Francia el reino cristianísimo, *Christianissimum regnum*. Así, primogenitura en la fe, excelencia en la fe, tales son nuestros títulos, tal era nuestra vocación.

Y ¿hemos correspondido a esta vocación? Porque, no basta ser llamado, es preciso corresponder. ¿Hemos co-

rrespondido? Esto es preguntar lo que nuestra patria ha hecho por Jesucristo y su Iglesia.

La Iglesia se ha visto en tres grandes peligros: el arrianismo, el mahometismo y el protestantismo: Arrio, Mahoma y Lutero, los tres grandes hombres del error, si es que puede llamarse grande un hombre que se ha formado una falsa idea de Dios.

El arrianismo puso en duda el fondo del mismo cristianismo porque negaba la divinidad de Jesucristo; y la divinidad de Jesucristo es todo el cristianismo. En efecto; si el arrianismo fuese la verdad, Jesucristo no sería más que un grande hombre, que tuvo sus ideas, y supo morir por ellas; como, para honra del linaje humano, lo habían hecho y lo harán todavía muchos otros. Por sus ideas murió Sócrates. Pero, morir un Dios que no puede morir, que tiene la omnipotencia para hacer reinar sus ideas; morir con el fin de encender el amor en los corazones, he aquí lo que no pueden hacer los hombres, lo que Jesucristo ha hecho y lo que constituye el misterio del cristianismo, misterio nacido del amor para producir el amor. Arrio estuvo sostenido en su herejía por el racionalismo, y el espíritu cortesano: el racionalismo, que naturalmente se conformaba con una filosofía sustituida a un Dios; el espíritu cortesano, que estaba espantado de la cruz, y que, al transferirla de un Dios a un hombre, creía sacudir de sus viles hombros la ruda carga. El racionalismo prestó a los arrianos el apoyo de una lógica sutil; el espíritu cortesano, la doble fuerza de la intriga y de la violencia.

Esta combinación puso la Iglesia a dos dedos de su ruina, si se nos permite usar de esta expresión y juzgar de las cosas superficialmente; olvidando que el cristianismo tiene en sí un poder infinito de dilatación, y que lo conserva siempre, aun cuando la débil vista del hombre lo crea aniquilado, como si en la invisible unidad del punto matemático no pudieran contenerse mundos. Dejando, empero, aparte toda expresión que pueda inspirar duda acerca de la inmortalidad de la Iglesia, lo cierto es que el arrianismo tuvo un inmenso partido y que después de haber corrompido una parte del Oriente, amenazaba al Occidente por medio de los bárbaros que, llevando allí sus armas, llevaban también esta herejía. Entonces fue cuando nuestro abuelo Clodoveo, después de haber recibido el bautismo de las manos de san Remigio, venció y arrojó ante sí a los pueblos bárbaros, asegurando, de este modo, en el Occidente el triunfo de la verdadera fe.

En decadencia ya el arrianismo apareció Mahoma, quien dio nuevo vigor a la doctrina de Arrio con la cimitarra. No tuvo reparo en confesar que Jesucristo era un gran profeta; pero, como su predecesor, negaba su divinidad. Parecióle que Arrio no había fomentado bastante la corrupción; y él la fomentó más; y no pareciéndole

aún este medio suficiente para atraerse a las naciones, apeló a las armas. En breve se vio al mahometismo atacar por todos puntos, a un tiempo, a la cristiandad. ¿Quién le detuvo en los campos de Poitiers? Otro de nuestros abuelos, Carlos Martel. Y más tarde, cuando el peligro acrecentaba con los siglos, ¿quién pensó reunir la Europa alrededor de la Cruz, para arrojarla sobre aquel indomable enemigo? ¿Quién concibió la primera idea de las Cruzadas? Un papa francés, Silvestre II. ¿Dónde se inauguraron? En un concilio nacional, en Clermont; en una asamblea racional, en Vézelay. Vosotros sabéis lo demás que sucedió en aquellos dos siglos caballerescos, en que tuvimos la mayor parte en la sangre y en la gloria, y que coronó gloriosamente san Luis, muriendo en las costas africanas.

Después de estas dos vergonzosas derrotas, comprendió el demonio que nunca llegaría a conseguir su fin atacando directamente a Jesucristo. Porque Jesucristo y el Evangelio son una misma cosa, y el Evangelio va rectamente al corazón del hombre y de tal suerte se apodera de él que en vano se espera poder trastornarle. Mas, la Iglesia ya no es Jesucristo sino indirectamente; pues se compone de hombres sujetos a las debilidades y pasiones del linaje humano; y pudo el maligno sospechar que, por este lado humano, le sería fácil arruinar la obra divina.

Vino Lutero al mundo; a su voz, Alemania e Inglaterra se separaron de la Iglesia; y si, además de estas naciones, otra tan grande como Francia hubiera seguido su terrible ejemplo, ¿quién puede calcular, dejando aparte los milagros, lo que hubiera sido de la cristiandad? Francia no tuvo solamente la gloria de mantenerse constante en la fe; hubo de combatir en su propio seno la expansión del error, representado por Calvino, y la rebelión de una parte de su nobleza, un momento apoyada por la majestad real. El arranque nacional la salvó; se la vio confederada en una santa liga, proponerle todo a su fe, hasta la fidelidad a sus soberanos, y no consentir en reconocer al legítimo heredero sino después de que hubo éste prestado juramento al Dios de Clodoveo, de Carlomagno y de san Luis.

De esta suerte obró la Francia en los grandes peligros de la cristiandad; así satisfizo su obligación de hija primogénita de la Iglesia. Aun no lo he dicho todo. Al tiempo en que el Pontificado, apenas libertado de las tortuosas miras del Bajo Imperio, se hallaba amenazado de sufrir el yugo de una potencia bárbara; la Francia aseguró su libertad y su dignidad, primero, con las armas, y luego, de una manera definitiva, con una dotación territorial, a la cual era aneja la soberanía.

La Cabeza de la Iglesia, gracias a Carlomagno, dejó de depender de la autoridad temporal que, por la formación de los pueblos modernos, no conserva ya el carácter

de universalidad, y pudo extender sobre las naciones, de quienes es padre común, el cetro pacífico, en que todos tienen la satisfacción de no leer otro nombre que el de Dios.

Esta grande obra fue nuestra; y digo nuestra porque nuestros mayores, ¿no son lo mismo que nosotros? Su sangre, ¿no es nuestra sangre, y su gloria, nuestra gloria? ¿No vivimos nosotros en ellos, y ellos no reviven en nosotros? ¿No han querido que fuésemos lo que ellos eran, una generación de caballeros en defensa de la Iglesia? Podemos decirlo, confundiendo con legítimo orgullo los hijos con los padres: hemos aceptado el contrato que el Hijo de Dios propuso al libre arbitrio de las naciones; hemos conocido, amado y servido la verdad; hemos sostenido por ella sangrientos combates y acaloradas discusiones; hemos vencido a Arrio, a Mahoma y a Lutero; hemos fundado temporalmente el Pontificado. El arrianismo derrotado, el mahometismo derrotado, el protestantismo derrotado, un trono asegurado al Pontificado; he aquí las cuatro coronas de la Francia, coronas que no se marchitarán en la eternidad.

Así como los sacerdotes, los apóstoles, los doctores, las vírgenes, los mártires tienen en el cielo su signo distintivo, porque nada de cuanto se ha hecho por el Señor se pierde y volvemos a encontrar cerca de él la gloria que le damos en la tierra; ¿por qué los pueblos fieles, los pueblos servidores de Dios, no habrán de conservar para siempre el signo de sus servicios y de sus virtudes? Los vínculos de familia no se rompen en el cielo; Jesucristo, al ensalzar a su Madre sobre los santos y los ángeles, nos ha demostrado que la piedad filial es una virtud de la eternidad. ¿Por qué habían de romperse los vínculos de las naciones? ¿Por que no habríamos de reconocer nuestros caballeros, nuestros reyes, nuestros sacerdotes, nuestros obispos, con un carácter que recuerde sus trabajos comunes por el Señor y su Cristo? Sí, quiero creerlo; sobre su túnica nupcial, lavada con la sangre del Cordero, brillarán indeleble y admirablemente tejidas las cuatro coronas de la Francia.

Quizá me he extendido demasiado, señores; recordad, empero, que es vuestra historia la que refiero; y me perdonaréis el haberos hecho apurar hasta la última gota este cáliz de gloria.

Así como todos los pueblos, Francia había sido llamada: Francia, según hemos visto, la primera entre todas las naciones, y sobre todas las demás, respondió a su vocación: es necesario perseverar. ¿Ha perseverado Francia? A esta pregunta, señores, tengo que dar una triste, una cruel respuesta: la daré. Diré lo malo, como he dicho lo bueno, sin exageración, pero con energía.

Al suscitar a Lutero, al inventar el protestantismo, el espíritu de las tinieblas sabía muy bien lo que hacía; había previsto que los pueblos, por mucho tiempo nutridos

con la doctrina divina, quedarían muy pronto satisfechos con la doctrina humana. Había calculado que después de haber tomado la mentira por la verdad, los hombres serían conducidos, por el disgusto de la mentira, al disgusto de la verdad misma, y que de los abismos de la herejía caerían en los abismos de la incredulidad. El protestantismo, por otra parte, no era una herejía ordinaria, pues no solamente negaba un dogma particular, sino también la autoridad que apoya el dogma, y sin la cual no es más que un producto de la razón. La razón, enaltecida, debía, tarde o temprano, emanciparse de la fe, y el protestantismo debía caer en el racionalismo. Esto es lo que sucedió, y lo que sucedió por la Inglaterra, la gran nación protestante. ¡No permita Dios que yo hable de ella con amargura!

Cuando considero los trabajos, las virtudes y el heroísmo que se necesitan para formar un pueblo, y perpetuar su vida, no quisiera abusar de la palabra contra una nación. Mas si la injuria es indigna, la verdad no lo es jamás. No podemos ocultar las faltas que todo el universo ha conocido; y resueltos a no callar las nuestras, nos es lícito recordar quien nos ha dado el mal ejemplo. En Inglaterra fue donde nació la incredulidad. La Francia fue allí a buscarla; y una vez que hubo traído el germen, maduró en nuestro suelo con una rapidez y bajo una forma nunca vistas. Hasta entonces, cuando se atacaba la religión, se la atacaba como una cosa grave; el siglo XVIII la atacó con la risa. La risa pasó de los filósofos a los cortesanos; de las academias a los salones; subió las gradas del trono; y se la vio en los labios del sacerdote; tomó asiento en el santuario del hogar doméstico, entre la madre y los hijos. ¡Y de qué, pues, gran Dios! ¿de qué se reían todos? ¡Se reían de Jesucristo y del Evangelio! ¡Y era la Francia!

¿Qué hará Dios?... Aquí, señores, empiezo a entrar en los sucesos contemporáneos; ya no se trata de lo pasado, sino de lo que con nuestros propios ojos hemos visto. ¡Plegue a la sabiduría, de la cual procede la nuestra, que no diga yo cosa alguna indigna de una reunión de hombres amantes de la verdad!

La Francia había hecho traición a su historia y a su misión; Dios podía dejarla perecer, como dejó perecer tantos otros pueblos por las faltas que habían cometido. No quiso hacerlo; y resolvió salvarla por una expiación tan magnífica, como grande había sido su crimen. La dignidad real se hallaba envilecida: Dios le devolvió su magestad, llevándola al cadalso. La nobleza estaba envilecida: Dios le devolvió su dignidad, llevándola al destierro. El clero estaba envilecido: Dios le devolvió el respeto y la admiración de los pueblos, permitiendo que fuese despojado y muriese en la miseria. La fortuna militar de la Francia estaba envilecida: Dios le devolvió su gloria, conduciéndola a los campos de bata-

lla. El Pontificado había sido humillado a los ojos de los pueblos: Dios le devolvió su divina aureola ensalzándolo por la Francia. [...]

Un pueblo tratado de esta manera, ¿es un pueblo abandonado? El signo de la resurrección, ¿no brilla sobre nosotros? Contad, si os es posible, las obras santas que desde hace cuarenta años pululan en nuestra patria. Nuestros misioneros están en todas partes, en las escalas del Levante, en Armenia, en Persia, en las Indias, en China, en las costas de África, en las islas de la Oceanía; en todas partes, su voz y su sangre hablan a Dios del país que las derrama por el mundo. Nuestro oro también circula por todo el universo en servicio de Dios: hemos fundado la Asociación para la propagación de la fe: ese tesoro del apostolado saca sueldo por sueldo del bolsillo del pobre llevando cada año recursos reales a las misiones más lejanas.

Los Hermanos de las escuelas cristianas, vestidos de su humilde habito, cruzan incesantemente las calles de nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibían con harta frecuencia, no encuentran más que las miradas benévolas del obrero, el respeto de los cristianos y la estimación de todos. Apóstoles oscuros del pueblo francés, forman, sin ruido, introduciendo a Dios en la ense-

ñanza elemental, una generación que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. No sólo dan a la infancia sus lecciones, sino que atraen así al adulto, reconcilian su hábito con la chupa de buriel, y estrechan la callosa mano del obrero terrestre con la modesta del obrero religioso. ¿Queréis un espectáculo más consolador todavía, y que no ha tenido ejemplo en la antigua Francia? Mirad, helo ahí, adolescentes, estudiantes, jóvenes colocados a la entrada de todas las carreras civiles e industriales, sin distinción de rango ni fortuna: la caridad cristiana los ha reunido, no para ayudar al pobre con un dinero filantrópico, sino para visitarle, hablarle, tocarle, ver y conocer su miseria, y llevarle, con el pan y el vestido, el rostro piadoso de un amigo. Cada ciudad, bajo el nombre de Conferencias de San Vicente de Paúl, posee una fracción de esta joven milicia, que ha colocado la castidad, la más hermosa de las virtudes, bajo la guardia de la caridad, el más hermoso de los guardianes. ¿Qué bendiciones no atraerá sobre la Francia esta caballería de la juventud, de la pureza y de la fraternidad en favor del pobre?

[...]

LA SEPARACIÓN ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO

«Hay que separar la Iglesia del Estado y el Estado de la Iglesia.»

(Proposición condenada por Pío IX en el *Syllabus* 55, 1864)

«Los católicos nunca se guardarán bastante de sostener el principio de la separación de la Iglesia y el Estado. Porque querer que el Estado se separe de la Iglesia equivale, consecuentemente, a querer que la Iglesia quede reducida a la libertad de vivir conforme al derecho común a todos los ciudadanos...

»En Francia, nación católica por sus tradiciones, no puede colocarse a la Iglesia en esta precaria situación que tiene en otros pueblos.»

(León XIII. Encíclica *Au milieu des sollicitudes*, 16 de febrero de 1892)

«Que sea conveniente separar el Estado de la Iglesia es una tesis absolutamente falsa y un error gravísimo. Porque... el principio de que el Estado no ha de reconocer ningún culto constituye una grave ofensa a Dios, que es el creador del hombre y el que ha creado también las sociedades humanas. Por lo que ha de ser honrado no sólo en forma privada, sino también públicamente.»

(Pío X. Encíclica *Vehementer Nos*, 11 de febrero de 1906)

«LA VERDAD NO PUEDE CONTRADECIR A LA VERDAD»

Palabras de Juan Pablo II a la Academia pontificia de Ciencias

Con gran placer le dirijo un cordial saludo a usted, señor presidente, y a todos vosotros que constituís la Academia pontificia de Ciencias, con ocasión de vuestra asamblea plenaria. Felicito, en particular, a los nuevos académicos que han venido para participar por primera vez en vuestros trabajos. Quiero recordar también a los académicos fallecidos durante el año pasado, a quienes encomiendo al Señor de la vida.

1. Al celebrarse el sexagésimo aniversario de la refundación de la Academia, me complace recordar los propósitos de mi predecesor Pío XI, que quiso rodearse de un grupo elegido de sabios, esperando que informaran con toda libertad a la Santa Sede sobre el desarrollo de la investigación científica, y que así le ayudaran en sus reflexiones.

A quienes solía llamar el *Senatus scientificus* de la Iglesia, les pedía que sirvieran a la verdad. Es la misma invitación que os renuevo hoy, con la certeza de que podremos aprovechar la «fecundidad de un diálogo confiado entre la Iglesia y la ciencia» (cf. *Discurso a la Academia de Ciencias*, 28 de octubre de 1986: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de noviembre de 1986, p. 15).

2. Me alegra el primer tema que habéis elegido, el del origen de la vida y de la evolución, tema esencial que interesa mucho a la Iglesia, puesto que la Revelación, por su parte, contiene enseñanzas relativas a la naturaleza y a los orígenes del hombre. ¿Coinciden las conclusiones a las que llegan las diversas disciplinas científicas con las que contiene el mensaje de la Revelación? Si, a primera vista, puede parecer que se encuentran oposiciones, ¿en qué dirección hay que buscar su solución? Sabemos que la verdad no puede contradecir a la verdad (cf. León XIII, encíclica *Providentissimus Deus*). Por otra parte, para aclarar mejor la verdad histórica, vuestras investigaciones sobre las relaciones de la Iglesia con la ciencia entre el siglo XVI y el XVII son de gran importancia.

Durante esta sesión plenaria, hacéis una «reflexión sobre la ciencia en el umbral del tercer milenio», comenzando por determinar los principales problemas creados por las ciencias, que influyen en el futuro de la humanidad. Mediante vuestros trabajos, vais proponiendo solu-

ciones que serán beneficiosas para toda la comunidad humana. Tanto en el campo de la naturaleza inanimada como en el de la animada, la evolución de la ciencia y de sus aplicaciones plantea interrogantes nuevos. La Iglesia podrá comprender mejor su alcance en la medida en que conozca sus aspectos esenciales. Así, según su misión específica, podrá brindar criterios para discernir los comportamientos morales a los que todo hombre está llamado, con vistas a su salvación integral.

3. Antes de proponeros algunas reflexiones más específicas sobre el tema del origen de la vida y de la evolución, quisiera recordaros que el Magisterio de la Iglesia ya ha sido llamado a pronunciarse sobre estas materias, en el ámbito de su propia competencia. Deseo citar aquí dos intervenciones.

En su encíclica *Humani generis* (1950), mi predecesor Pío XII ya había afirmado que no había oposición entre la evolución y la doctrina de la fe sobre el hombre y su vocación, con tal de no perder de vista algunos puntos firmes (cf. AAS 42 [1950], pp. 575-576).

Por mi parte, cuando recibí el 31 de octubre de 1992 a los participantes en la asamblea plenaria de vuestra Academia, tuve la ocasión, a propósito de Galileo, de atraer la atención hacia la necesidad de una hermenéutica rigurosa para la interpretación correcta de la Palabra inspirada. Conviene delimitar bien el sentido propio de la Escritura, descartando interpretaciones indebidas que le hacen decir lo que no tiene intención de decir. Para delimitar bien el campo de su objeto propio, el exegeta y el teólogo deben mantenerse informados acerca de los resultados a los que llegan las ciencias de la naturaleza (cf. AAS 85 [1993], pp. 764-772, *Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica*, 23 de abril de 1993, anunciando el documento sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*: AAS 86 [1994], pp. 232-243).

4. Teniendo en cuenta el estado de las investigaciones científicas de esa época y también las exigencias propias de la teología, la encíclica *Humani generis* consideraba la doctrina del «evolucionismo» como una hipótesis seria, digna de una investigación y de una reflexión profundas, al igual que la hipótesis opuesta. Pío XII añadía dos condiciones de orden metodológico: que no se adop-

tara esta opinión como si se tratara de una doctrina cierta y demostrada; y como si se pudiera hacer totalmente abstracción de la Revelación a propósito de las cuestiones que esa doctrina plantea. Enunciaba igualmente la condición necesaria para que esa opinión fuera compatible con la fe cristiana; sobre este aspecto volveré más adelante.

Hoy, casi medio siglo después de la publicación de la encíclica, nuevos conocimientos llevan a pensar que la teoría de la evolución es más que una hipótesis. En efecto, es notable que esta teoría se haya impuesto paulatinamente al espíritu de los investigadores, a causa de una serie de descubrimientos hechos en diversas disciplinas del saber. La convergencia, de ningún modo buscada o provocada, de los resultados de trabajos realizados independientemente unos de otros, constituye de suyo un argumento significativo en favor de esta teoría.

¿Cuál es el alcance de dicha teoría? Abordar esta cuestión significa entrar en el campo de la epistemología. Una teoría es una elaboración metacientífica, diferente de los resultados de la observación, pero que es homogénea con ellos. Gracias a ella, una serie de datos y de hechos independientes entre sí pueden relacionarse e interpretarse en una explicación unitaria. La teoría prueba su validez en la medida en que puede verificarse, se mide constantemente por el nivel de los hechos; cuando carece de ellos, manifiesta sus límites y su inadaptación. Entonces, es necesario reformularla.

Además, la elaboración de una teoría como la de la evolución, que obedece a la exigencia de homogeneidad con los datos de la observación, toma ciertas nociones de la filosofía de la naturaleza.

Y, a decir verdad, más que de la teoría de la evolución, conviene hablar de las teorías de la evolución. Esta pluralidad afecta, por una parte, a la diversidad de las explicaciones que se han propuesto con respecto al mecanismo de la evolución, y, por otra, a las diversas filosofías a las que se refiere. Existen también lecturas materialistas y reduccionistas, al igual que lecturas espiritualistas. Aquí el juicio compete propiamente a la filosofía y, luego, a la teología.

5. El Magisterio de la Iglesia está interesado directamente en la cuestión de la evolución, porque influye en la concepción del hombre, acerca del cual la Revelación nos enseña que fue creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,28-29). La constitución conciliar *Gaudium et spes* ha expuesto magníficamente esta doctrina, que es uno de los ejes del pensamiento cristiano. Ha recordado que el hombre es «la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma» (n. 24). En otras palabras, el hombre no debería subordinarse como simple medio o mero instrumento ni a la especie ni a la sociedad; tiene

valor por sí mismo. Es una persona. Por su inteligencia y su voluntad, es capaz de entrar en relación de comunión, de solidaridad y de entrega de sí con sus semejantes. Santo Tomás observa que la semejanza del hombre con Dios reside especialmente en su inteligencia especulativa, porque su relación con el objeto de su conocimiento se asemeja a la relación que Dios tiene con su obra (cf. *Summa Theol.*, I-II, q. 3, a. 5, ad 1). Pero, más aún, el hombre está llamado a entrar en una relación de conocimiento y de amor con Dios mismo, relación que encontrará su plena realización más allá del tiempo en la eternidad. En el misterio de Cristo resucitado se nos ha revelado toda la profundidad y toda la grandeza de esta vocación (cf. *Gaudium et spes*, 22). En virtud de su alma espiritual, toda la persona, incluyendo su cuerpo, posee esa dignidad. Pío XII había destacado este punto esencial: el cuerpo humano tiene su origen en la materia viva que existe antes que él, pero el alma espiritual es creada inmediatamente por Dios («*animas enim a Deo immediate creari catholica fides nos retinere iubet*»: encíclica *Humani generis*: AAS 42 [1950], p. 575).

En consecuencia, las teorías de la evolución que, en función de las filosofías en las que se inspiran, consideran que el espíritu surge de las fuerzas de la materia viva o que se trata de un simple epifenómeno de esta materia, son incompatibles con la verdad sobre el hombre. Por otra parte, esas teorías son incapaces de fundar la dignidad de la persona.

6. Así pues, refiriéndonos al hombre, podríamos decir que nos encontramos ante una diferencia de orden ontológico, ante un salto ontológico. Pero, plantear esta discontinuidad ontológica, ¿no significa afrontar la continuidad física, que parece ser el hilo conductor de las investigaciones sobre la evolución, y esto en el plano de la física y la química? La consideración del método utilizado en los diversos campos del saber permite poner de acuerdo dos puntos de vista, que parecerían irreconciliables. Las ciencias de la observación describen y miden cada vez con mayor precisión las múltiples manifestaciones de la vida y las inscriben en la línea del tiempo. El momento del paso a lo espiritual no es objeto de una observación de este tipo que, sin embargo, a nivel experimental, puede descubrir una serie de signos muy valiosos del carácter específico del ser humano. Pero la experiencia del saber metafísico, la de la conciencia de sí y de su indole reflexiva, la de la conciencia moral, la de la libertad o, incluso, la experiencia estética y religiosa, competen al análisis y de la reflexión filosóficas, mientras que la teología deduce el sentido último según los designios del Creador.

7. Para concluir, quisiera recordar una verdad evan-

gética capaz de irradiar una luz superior sobre el horizonte de vuestras investigaciones acerca de los orígenes y el desarrollo de la materia viva. En efecto, la Biblia es portadora de un extraordinario mensaje de vida. Dado que caracteriza las formas más elevadas de la existencia, nos da una visión sabia de la vida. Esta visión me ha guiado en la encíclica que he dedicado al respeto de la vida humana y que, precisamente, he titulado *Evangelium vitae*.

Es significativo que, en el evangelio de san Juan, la vida designa la luz divina que Cristo nos comunica. Estamos llamados a entrar en la vida eterna, es decir, en la eternidad de la felicidad divina.

Para ponernos en guardia contra las tentaciones más grandes que nos acechan, nuestro Señor cita las importantes palabras del *Deuteronomio*: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3; cf. Mt 4,4).

Por otra parte, la vida es uno de los más hermosos títulos que la Biblia ha reconocido a Dios. Él es el *Dios vivo*.

De todo corazón invoco la abundancia de las bendiciones divinas sobre todos vosotros y vuestros seres queridos.

Vaticano, 22 de octubre de 1996

El evolucionismo en la encíclica *Humani generis*

(12 de agosto de 1950)

3. Dando una mirada al mundo moderno, que se halla fuera del redil de Cristo, fácilmente se descubren las principales direcciones que siguen los doctos. Algunos admiten de hecho, sin discreción y sin prudencia, el *sistema evolucionista*, aunque ni en el mismo campo de las ciencias naturales ha sido probado como indiscutible, y pretenden que hay que extenderlo al origen de todas las cosas, y con temeridad sostienen la hipótesis *monista* y *panteísta* de un mundo sujeto a perpetua evolución. Hipótesis, de que se valen bien los comunistas para defender y propagar su *materialismo dialéctico* y arrancar de las almas toda idea de Dios.

(...)

28. Resta ahora el decir algo sobre determinadas cuestiones que, aun perteneciendo a las ciencias llamadas *positivas*, se entrelazan, sin embargo, más o menos con las verdades de la fe cristiana. No pocos ruegan con insistencia que la religión católica tenga muy en cuenta a tales ciencias: y ello ciertamente es digno de alabanza, siempre que se trata de hechos realmente demostrados; pero es necesario andar con suma cautela cuando más bien se trate sólo de *hipótesis*, que, aun apoyadas en la ciencia humana, rozan con la doctrina contenida en la Sagrada Escritura o en la *Tradición*. Si tales hipótesis se oponen directa o indirectamente a la doctrina revelada por Dios, entonces sus postulados no pueden admitirse en modo alguno.

29. Por todas estas razones, el Magisterio de la Iglesia no prohíbe el que —según el estado actual de las ciencias y de la teología— en las investigaciones y disputas, entre los hombres más competentes de entram-

bos campos, sea objeto de estudio la doctrina del *evolucionismo*, en cuanto busca el origen del cuerpo humano en una materia viva preexistente, pero la fe católica manda defender que las almas son creadas inmediatamente por Dios. Mas todo ello ha de hacerse de modo que las razones de una y otra opinión —es decir, la defensora y la contraria al evolucionismo— sean examinadas y juzgadas seria, moderada y templadamente; y con tal que todos se muestren dispuestos a someterse al juicio de la Iglesia, a quien Cristo confió el encargo de interpretar auténticamente las Sagradas Escrituras y defender los dogmas de la fe. Pero algunos traspasan esta libertad de discusión, obrando como si el origen del cuerpo humano de una materia viva preexistente fuese ya absolutamente cierto y demostrado por los datos e indicios hasta el presente hallados y por los raciocinios en ellos fundados; y ello como si nada hubiese en las fuentes de la revelación, que exija la máxima moderación y cautela en esta materia.

30. Mas, cuando ya se trata de la otra hipótesis, es a saber, la del *poligenismo*, los hijos de la Iglesia no gozan de la misma libertad, porque los fieles cristianos no pueden abrazar la teoría de que después de Adán hubo en la tierra verdaderos hombres no procedentes del mismo protoparente por natural generación, o bien a que *Adán* significa el conjunto de muchos primeros padres, pues no se ve claro cómo tal sentencia pueda compaginarse con cuanto las fuentes de la verdad revelada y los documentos del Magisterio de la Iglesia enseñan sobre el pecado original, que procede de un pecado en verdad cometido por un solo Adán individual y moralmente, y que transmitido a todos los hombres por la generación, es inherente a cada uno de ellos como suyo.

Falsas interpretaciones del discurso del Papa sobre el origen de la vida y la evolución

José M^a Petit Sullá

El entorno del discurso de Juan Pablo II

El pasado 22 de octubre Juan Pablo II dirigió un discurso a los miembros de la pontificia Academia de Ciencias, con ocasión del sesenta aniversario de su refundación por el papa Pío XI. El Sumo Pontífice centró su discurso sobre uno de los temas que este año se discutía en dicha asamblea científica, «el origen de la vida y la evolución».

La finalidad de esta institución, cuyos orígenes se remontan al siglo xvii —cuando los estados pontificios tenían toda la organización propia de una sociedad política—, es la de asesorar a la Santa Sede acerca de los descubrimientos científicos. No cabe duda de que el estado de las ciencias es un dato a tener en cuenta en la presentación del mensaje cristiano de salvación, especialmente para que la Iglesia manifieste el criterio moral católico ante las distintas situaciones planteadas por la ciencia o la técnica. Es así como lo ha recordado el Papa en este mismo discurso: «Tanto en el campo de la naturaleza inanimada como en el de la animada, la evolución de la ciencia y de sus aplicaciones plantea interrogantes nuevos. La Iglesia podrá comprender mejor su alcance en la medida en que conozca sus aspectos esenciales. Así, según su misión específica, podrá brindar criterios para discernir los comportamientos morales a los que todo hombre está llamado, con vistas a su salvación integral». Esta es, pues, su misión específica, dar los criterios morales, por tanto, así de pensamiento como de acción, en orden a la salvación definitiva y total del hombre, según el plan de Dios.

Así sucede en el caso concreto del origen y desarrollo de la vida sobre la Tierra, por ser una cuestión que implica la creación, el sentido final del hombre como destinatario de todo el mundo corpóreo y viviente, sin olvidar el pecado original que afecta a la humanidad —y en cierta manera a toda la creación— y, de modo especial, el plan de salvación con que Dios respondió al pecado de nuestros primeros padres.

Por la índole estrictamente científica y consultiva de dicha Academia, el referido mensaje no es propiamente un acto de declaración de doctrina católica, como sí lo es una encíclica, por ejemplo, que va dirigida a todos los obispos y, a través de ellos, a todos los fieles, ni de catequesis ordinaria como las audiencias de los miércoles a

los fieles que se congregan en la Ciudad del Vaticano para ver y oír al Papa «en cuanto Papa», o las enseñanzas dadas en los viajes directamente apostólicos del Pastor supremo, sino la reflexión, lógicamente desde la fe, dirigida a un grupo muy restringido de determinados expertos del campo de las ciencias, que son —y esto quizá no se sabe— de diversas confesiones e incluso algunos agnósticos. El conjunto de estos sabios, que han aceptado la invitación pontificia de formar parte de esta institución, no es, ni puede ser, por su misma índole, un dicasterio romano que tenga que ver con alguna función eclesial de evangelización o de gobierno.

El contenido del discurso

Aclarados estos principios generales, podemos centrarnos en las palabras del Papa. El discurso pronunciado, en esta ocasión, tiene dos partes diferenciadas. Una es la constatación de la situación actual sobre la mayor aceptación del evolucionismo entre los hombres de ciencia —que no se daba de la misma manera en el año 1950, cuando Pío XII habló del evolucionismo en la encíclica *Humani generis*— y la razón, que parece más obvia, de dicha mayor aceptación, es —dice el Papa— la coincidencia entre diversos descubrimientos de ramas científicas diferentes. A este respecto el Pontífice prefiere usar la palabra «teoría» de la evolución —donde Pío XII decía «hipótesis» o «doctrina»—, pero no hay que olvidar que el Papa advierte —precisando estas palabras de su propio discurso— que «a decir verdad, más que de la teoría de la evolución, conviene hablar de las teorías de la evolución. Esta pluralidad afecta, por una parte, a la diversidad de las explicaciones que se han propuesto con respecto al mecanismo de la evolución, y, por otra, a las diversas filosofías a las que se refiere».

Está, pues, claro que, por lo que al aspecto científico se refiere, aunque la evolución es considerada un punto de partida común a muchas ciencias, no hay ninguna teoría científica que pueda explicarla correctamente. De ahí que —dice el Papa— haya hoy en día muchas teorías de la evolución. Se ha puesto un énfasis excesivo en este cambio terminológico —entre hipótesis y teoría— por cuanto el Papa se refiere a la amplitud de la teoría de la evolución y al hecho de que hoy se le llame así corriente-

mente, pero que sea una teoría no significa que concuerde con todos los hechos. Un libro antievolucionista muy conocido en Estados Unidos¹ pone como lema de portada este subtítulo: «El porqué la teoría darwinista no es nada más que eso: una teoría». El Papa que, por cierto no ha citado a Darwin, no ha hablado, en absoluto, del hecho de la evolución. Esta cuestión está tan abierta como el conjunto de las diversas teorías.

Pero, la parte más esencial del discurso la constituye la doctrina de la Iglesia cuando recuerda las verdades fundamentales que no pueden negarse en nombre de esta teoría de la evolución. Esta segunda parte —la específica y propia de la función del Pontífice— se subdivide, a su vez, en dos; la proclamación, de nuevo, de la enseñanza de la encíclica *Humani generis* de Pío XII, que el Papa reitera y hace suya en particular citando de aquel documento de magisterio —incluso literalmente en latín—, la doctrina de fe acerca de la creación directa e inmediata por parte de Dios de cada alma humana individual, y la exposición de la doctrina contenida en el Concilio Vaticano II acerca del plan divino de la creación visible, que mira al hombre como destinatario de la misma, y al fundamento divino de la dignidad del hombre como persona.

Al dar noticia de este acto, reproduciendo íntegramente dicho discurso o mensaje, *L'Osservatore Romano*² titulaba dicha noticia con estas palabras que sintetizaban perfectamente las del Papa: «La Biblia ofrece una luz superior que ilumina los estudios sobre el origen del hombre».

El evolucionismo como rechazo del pecado y de la redención

Pero la prensa laica —y en tantas ocasiones anticatólica— se hizo eco de dicho discurso desde una perspectiva totalmente opuesta, con titulares como éste: «El Papa admite la validez de la teoría de la evolución un siglo después de Darwin» y al pie de una foto del pontífice este texto: «Juan Pablo II rehabilita a Charles Darwin como antes lo hizo con Galileo».³ El sumario de esta noticia era bien equívoco, como es usual al tratar temas de la Iglesia, interpretándose este discurso como una sustancial modificación de la doctrina de la Iglesia y como el reconocimiento de un error cometido en el pasado, aunque todo el mundo debe saber que no hubo nunca una

condenación de la evolución biológica, sino sólo una precaución.

Las conclusiones explícitas que se deducían de esta interpretación no se hicieron esperar. En el mismo periódico se reproducía, dos días después, un artículo del periódico francés *Le Monde* donde se podía leer, entre otros desatinos, este párrafo tan grave: «Las consecuencias de esta rehabilitación pueden ser considerables.

»El distanciamiento así tomado con la lectura fundamentalista de la Biblia amenaza con afectar las estructuras de todo el edificio dogmático cristiano, fundado sobre el pecado original y la existencia del mal, que ha influido en nuestras mentalidades occidentales. Sin la noción de culpabilidad hereditaria, relacionada con el “primer hombre”, Adán, los dogmas centrales de la fe cristiana, como el pecado original y la redención, no son comprensibles. Ya que, a partir del momento en que se admite que el hombre no ha nacido gracias al toque del dedo de Dios sino que se desprende progresivamente de la animalidad, todas las formas de entender y comprender la existencia del mal en el mundo deben ser revisadas».⁴

Esta declaración rechaza de lleno que Dios tenga nada que ver con la creación del hombre, por declararla incompatible con el evolucionismo y muestra perfectamente hasta qué punto la evolución es interpretada como la aparición del hombre sobre la tierra sin el «toque del dedo de Dios» —alusión a la pintura de Miguel Ángel sobre la creación en la Capilla Sixtina— sino que «se desprende progresivamente de la animalidad» y, en consecuencia, no teniendo ni el pecado ni la redención explicación teológica, sobran una y otra, con lo que toda la religión se convierte en mito. Un ataque a la fe de esta envergadura no se produce todos los días. Y ello, precisamente, tomando como pretexto un discurso de Juan Pablo II.

Lanzada la consigna por *Le Monde*, en tono menor y más basto, pero con la misma intención explícita, el periódico barcelonés citado decía en un artículo, de una sección científica (!) una semana después: «Ahora, sin duda, se abrirá un profundo debate filosófico-teológico acerca del pecado original y del mal que hizo su aparición, ya que no existirá una Eva a la que echar toda la culpa. Habrá que buscarlo en una célula primigenia».⁵ Esta lectura materialista de la evolución es la más usual, no sólo porque es la que históricamente apareció en el siglo pasado sino porque es la que revela la «intención de los corazones» también en la época actual.

1. Phillip E. Johnson, *Proceso a Darwin*, Grand Rapid, Michigan, Kregel, 1995.

2. Semanario en castellano, 25-10-96, p. 5.

3. *La Vanguardia*, 24-10-96, p. 28.

4. 26-10-96, p. 16

5. 2-11-96, p. 2 del suplemento «Ciencia».

Conviene dar la correcta interpretación

¡Cuánto habrá entristecido a nuestro Santo Padre el que de sus palabras se haya hecho tan torcida y opuesta interpretación! Pero los católicos no podemos ignorar que tal es la actitud más común de los medios de comunicación respecto a la Iglesia, como lo advirtió el propio Juan Pablo II en su encíclica *Evangelium vitae*. El semanario *Catalunya Cristiana* (9-11-96) hizo una acertada precisión ante lo que llamaba «confusiones», aún sin explicitar su gravedad, interpretando correctamente las palabras del discurso del Papa, así en su aspecto científico como filosófico y teológico, y reproduciendo con extensión varios párrafos literales del mismo. En el número posterior, un artículo más directamente científico aclara el sentido del término *evolución* y la posibilidad de una interpretación creacionista. Otras revistas católicas han realizado precisiones parecidas.

En CRISTIANDAD aspiramos también a orientar a nuestros lectores, dando más información sobre todo el conjunto del Magisterio de la Iglesia en este tema y haciendo algunas consideraciones que justifican la prudencia de la Iglesia en torno al tema del evolucionismo.

La publicación íntegra del discurso de Juan Pablo II y la reproducción del texto básico de la encíclica *Humani generis*, que el Papa recuerda y reitera, refutan suficientemente las falsísimas conclusiones del evolucionismo anticreacionista y, en particular, la interpretación que, atribuyendo al hombre una mera animalidad, niega el pecado original y la necesidad de la redención.

El Pontífice ha recordado, en palabras textuales, que «la Revelación contiene enseñanzas relativas a la naturaleza y origen del hombre» y ha recordado expresamente estas enseñanzas (*enseñanzas* y no opiniones), desde el ámbito de su propia competencia, y aún ha concretado cuáles son estas enseñanzas, con estas palabras: «el Magisterio de la Iglesia ya ha sido llamado a pronunciarse sobre estas materias, en el ámbito de su propia competencia. Pío XII añadía dos condiciones de orden metodológico: que no se adoptara esta opinión como si se tratara de una doctrina cierta y demostrada; y como si se pudiera hacer totalmente abstracción de la Revelación a propósito de las cuestiones que esa doctrina plantea. Enunciaba igualmente la condición necesaria para que esa opinión fuera compatible con la fe cristiana».

Ahora bien, esta condición, que es la afirmación de la espiritualidad del alma inmediatamente creada por Dios,

ha sido reafirmada en este discurso, con estas palabras, sacadas literalmente de la encíclica *Humani generis*: «el alma espiritual es creada inmediatamente por Dios (*«animas enim a Deo immediate creari catholica fides nos retinere iubet»*).

Juan Pablo II ha confirmado además esta doctrina enmarcándola en el Concilio Vaticano II y en santo Tomás, con estas expresivas palabras: «La constitución conciliar *Gaudium et spes* ha expuesto magníficamente esta doctrina, que es uno de los ejes del pensamiento cristiano. Ha recordado que el hombre es «la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma» (n. 24) Santo Tomás observa que la semejanza del hombre con Dios reside especialmente en su inteligencia especulativa, porque su relación con el objeto de su conocimiento se asemeja a la relación que Dios tiene con su obra (cf. *Summa Theol.*, I-II, q. 3, a. 5, ad 1). Pero, más aún, el hombre está llamado a entrar en una relación de conocimiento y de amor con Dios mismo, relación que encontrará su plena realización más allá del tiempo en la eternidad».

Y no sólo ha hablado de lo que hay que sostener sobre la relación del hombre con su único creador, sino que, más en concreto, ha declarado que el evolucionismo materialista es del todo incompatible con esta doctrina: «En consecuencia, las teorías de la evolución que, en función de las filosofías en las que se inspiran, consideran que el espíritu surge de las fuerzas de la materia viva o que se trata de un simple epifenómeno de esta materia, son incompatibles con la verdad sobre el hombre. Por otra parte, esas teorías son incapaces de fundar la dignidad de la persona».

No podemos olvidar —y los textos de los periódicos reseñados nos lo recuerdan— que ésta es la intención del evolucionismo, en su inspiración materialista, que pretende afirmar que el espíritu no es más que la materia evolucionada por sus propias fuerzas sin necesidad de ninguna intervención divina.

Por todo ello, y como colofón, al final del discurso, advierte el Papa acerca del valor salvífico de la enseñanza divina: «Para ponernos en guardia contra las tentaciones más grandes que nos acechan, nuestro Señor cita las importantes palabras del Deuteronomio: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Dt 8, 3; cf. Mt 4, 4)». Anunciar la palabra que sale de la boca de Dios es la misión esencial de la Iglesia.

Algunas reflexiones en torno al evolucionismo

J. M. P. S.

Recordaba el Papa en su discurso del 22 de octubre pasado que hay que distinguir el plano científico del filosófico y del teológico. Habiéndonos referido antes principalmente al aspecto teológico, que es el verdaderamente relevante, parece oportuno, sin embargo, tratar con seriedad filosófica y científica la cuestión de la evolución haciendo algunas observaciones que, de ordinario, quedan lejos de la divulgación científica, con lo cual se viene a sugerir un estado de la cuestión de la evolución que está muy lejos de la realidad.

El equívoco del término *evolución*

El término *evolución* (de *evolutio*, en latín y del verbo *evolvere*), es en sí mismo muy equívoco por cuanto significa etimológicamente «desenvolvimiento», o acción de desarrollar lo que estaba previamente enrollado, en el sentido de poner a la vista lo que estaba recóndito. Curiosamente, el término *evolución* no se aplicaba en el lenguaje ordinario al desarrollo de un ser vivo, porque en este caso el nombre adecuado es el de «crecimiento», pues se pensaba que el principio motor y regulador de este proceso es el alma del viviente que ya existe desde el comienzo, y que todo crecimiento repite, en otro individuo, las perfecciones que ya tenía su progenitor. El brotar de un organismo tal como una semilla en el mundo vegetal, o el desarrollo de un embrión en el mundo animal, no se significan de ordinario con la palabra *evolución*. Pero el evolucionismo pretende justamente que la *evolución* alcance algo absolutamente nuevo.

Antes de ser un «descubrimiento» científico, la *evolución* es el eje de la doctrina filosófica del evolucionismo y, por tanto, precede a la teoría de la *evolución* biológica, entendiendo la *evolución* —como lo decía el filósofo social Herbert Spencer— como paso de lo homogéneo a lo heterogéneo por la propia virtualidad de lo primero, y sugiere que fuerzas internas y ciegas determinan la marcha de determinados acontecimientos de la naturaleza, como lo hacen también de la historia. En este sentido social encontramos también la idea de *evolución* en Augusto Comte, y responde así mismo a la filosofía del autodesarrollo imanentista sostenida por el idealismo alemán, no siendo todo ello, a la postre, más que una prolongación de la filosofía de la Ilustración.

El evolucionismo de Darwin

La idea biológica de transformación se apuntaba ya en Buffon y claramente en Lamarck, pero no fueron llevados a ellas más que como explicación de la gran y compleja sistemática de Linneo. Pensaron simplificar y justificar las diferencias en las especies, por recurso a una filogenia común,

pero fue Darwin quien la consagró. Sin embargo, en tanto que elaborador de unas investigaciones puramente empíricas, como resultado de su célebre viaje de 1831 a 1836, como naturalista, en el buque de la Armada británica *Beagle*, Darwin no habló de *evolución* y ello sorprende hoy al lector contemporáneo que ignora que Darwin no empleó nunca la palabra *evolución* en su célebre obra *El origen de las especies* de 1859, cuyo título completo es «On the origin of species by means of natural selection or the preservation of favoured races in the struggle for life». Fue tardíamente (en la sexta edición de 1869, última edición en vida de Darwin, y que es la que hoy se sigue editando) que incorporó esta expresión como si siempre la hubiese empleado y sin hacer ninguna distinción ni precisión en el uso de este término. Pero lo característico de su planteamiento fue, por una parte, el recurso a la comparación con los criadores de razas que seleccionan los mejores ejemplares y, por otra, la formulación de la hipótesis de que la lucha por la vida explicaría la selección de las mejores especies sin necesidad de una mente razonadora. Con lo cual se ponía un mecanismo «objetivo» de progreso indefinido, la lucha por la subsistencia, idea no científica ni biológica, sino más bien social y sugerida por la lectura de Malthus, *Ensayo sobre las poblaciones*, tal como el propio Darwin lo afirma expresamente en la introducción de su obra. Sin embargo, esta idea era esencial, pues, no basta afirmar las transformación de las especies; para que haya *evolución* hay que poner un mecanismo que dirija y oriente dicha *evolución* hacia lo más perfecto.

El sentido filosófico, dualista y casi trágico, de esta explicación, que Darwin creía tener estatuto de ley, la expresa al final de su obra *El origen de las especies* con estas palabras: «De este modo, de la guerra que libra la naturaleza, de la muerte y del hambre, surge directamente el más exaltado objetivo que podemos concebir, esto es, la producción de animales superiores. Hay majestad en esta idea de la vida, con sus diversas facultades, conferida originalmente a unas pocas formas, o a una sola; y también en que, mientras este planeta giraba de acuerdo con leyes fijas de la gravedad, de un comienzo tan sencillo, infinitas formas de gran belleza y maravilla han evolucionado y siguen evolucionando todavía» (*El origen de las especies*, final).

Los evolucionistas filosóficos vieron entonces una «prueba» de la realidad de esta *evolución* así entendida. De modo particular, fue muy apoyada por Engels, que veía en el darwinismo la corroboración del sentido dialéctico de la existencia y del progreso. Ahora bien, este evolucionismo omnicomprendivo y gradualista no se afianzó con el gran descubrimiento de las leyes de la reproducción que, seis años después del *Origen de las especies*, publicó de forma sobria el gran y, a la vez sencillo, botánico Gregor Mendel, monje agustino que realizó tan importantes investigaciones en el

huerto de su monasterio y que publicó en una revista con el título de *Ensayos sobre los híbridos vegetales*. El descubrimiento de las leyes de la herencia negaba todo valor al evolucionismo y tampoco fue corroborado el evolucionismo por el incremento de las restantes ciencias, sino todo lo contrario. Veamos esta situación de la mano del texto que el filósofo Etienne Gilson expone en su magnífica obra *De Aristóteles a Darwin y vuelta*,¹ citando al tomo IV de la *Encyclopédie Française*:

«Se deduce de esta exposición que la teoría de la evolución es imposible. En el fondo, a pesar de las apariencias nadie cree ya en ella, y se dice, sin conceder a ello ninguna importancia, evolución, para dar a entender encadenamiento; o más evolucionados y menos evolucionados en el sentido de más perfeccionados o menos perfeccionados, porque es un lenguaje convencional, admitido y casi obligatorio en el mundo científico. La evolución es una especie de dogma en el que no creen ya los sacerdotes, pero que mantienen para su pueblo».²

Una opinión parecida la ofrece el cosmólogo Fred Hoyle:

«... la explicación darwinista de una evolución gradual mediante la selección natural está totalmente desfasada. "Darwin no explica nada, su teoría es una *no teoría*". Para la gente que carece de conocimientos matemáticos suena plausible, pero existen numerosas lagunas en el registro fósil —no se ha perdido sólo el eslabón entre el hombre y el mono— y además "está formulada de manera incorrecta y es imposible de probar". Este tipo de teorías son generalmente malas, pero "la de Darwin es una de las peores. No se tarda ni diez minutos en destruirla, es matemáticamente incorrecta"».³

Así pues, la evolución gradualista absoluta, la que sería en el plano científico el equivalente del evolucionismo filosófico, no se sostiene de la mano de la ciencia, pero la idea un tanto indeterminada de evolución, como alguna transformación en los seres vivos, o como alguna mutación en la morfología tipo dentro de una especie, o como microevolución sin dar lugar a ninguna especie realmente nueva, se mantiene o incluso aumenta entre los científicos. En definitiva, la situación puede resumirse así: se ha afianzado y extendido la palabra *evolución*, pero se ha perdido la idea omnicomprendensiva que Lamarck y Darwin querían darle. Esta doble vertiente explica muy bien toda la ambigüedad que este término implica todavía hoy. Ahora bien, esta ambigüedad no puede interpretarse unilateralmente, en ningún sentido.

Fijismo y creacionismo

Dialécticamente o por simple inmanencia progresiva, el evolucionismo se presentó como la alternativa a lo que se llamó *fixismo*, término evidentemente peyorativo que no era usual, y que se identificó, sin más y con pésima intención, con el creacionismo, aunque es evidente que ambas nociones

—fixismo y creacionismo— no significan lo mismo. La posición primera es de simple formulación científica estática y lo que en ella se sostiene es totalmente independiente del acto creador, pues alguien podría ser fijista y atribuir a todos los seres vivos una existencia independiente de Dios o, mejor aún, una identificación entre la naturaleza —no evolutiva— y Dios, como la de Spinoza. De modo recíproco, a su vez, la creencia de que Dios es el autor de toda la naturaleza —inerte o viva— es independiente de la idea de que Dios haya querido dar al mundo una conformación instantánea o temporal, por grados. Cuando el símbolo de la fe nos hace decir «creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra» no estamos haciendo una declaración científica sino una formulación ontológica. Dios ha dado el ser a todo el mundo visible o invisible. ¿Cómo lo hizo? El modo general está explicado en el libro del Génesis, pero todo cristiano sabe que en todo relato hay algo esencial y algo que es el modo de decirlo, cuya interpretación no puede siempre ser literal.

Santo Tomás supo distinguir el fijismo del creacionismo a propósito de una dificultad planteada, no por la evolución biológica que nadie en su tiempo afirmaba, sino por el hecho de que, según el Génesis, Dios descansó el séptimo día, aunque es claro que muchos individuos vivos, y quizás nuevas especies, llegan a la existencia en lo que es esta época sabática, y por tanto Dios no parece descansar, en la actualidad, de su acto creador. ¿Cómo resuelve santo Tomás esta dificultad?:

«A la tercera objeción hay que responder que nada posterior a lo que Dios ha hecho es totalmente nuevo, porque de algún modo preexiste en las obras de los seis días. Pues, algunas de ellas preexistieron materialmente: como la mujer que Dios formó de la costilla de Adán. Otras, en cambio, preexistieron en las obras de los seis días no sólo materialmente sino también causalmente: como los individuos que ahora se generan preexistieron en los primeros individuos de su especie. También las especies nuevas, si aparecen, preexistieron en ciertas virtudes activas: como los animales generados a partir de la putrefacción se producen por la virtud de las estrellas y de los elementos que desde el principio tomaron, también si nuevas especies de tales animales se producen. Pues también ciertos animales según una nueva especie se originan algunas veces por la mezcla de animales diversos en especie, como a partir del asno y la yegua se genera el mulo; y éstos también preexisten causalmente en las obras de los seis días». (S.Th., I, q 73, a 1, ad. 3)

El Ser que dio capacidad generativa a los astros y a los elementos —es decir, a lo de este planeta y de todo el cosmos— ha de ser considerado el verdadero autor de las nuevas especies que puedan producirse.

Creación, subordinación y temporalidad

Mejor sería entonces decir que el Creador ha determinado que todo lo que ha de existir en el mundo, en el momento de la aparición del hombre, fin final de la creación visible y única creatura que Dios ama por sí mismo, sean como peldaños —discontinuos, por cierto— por los que se accede a este

1. Traducción española en Eunsa, Pamplona, 1976.

2. Citado por E. Gilson, *o.c.*, p. 204.

3. *Gaceta universitaria*, 2-11-1992, p. 14.

ser singular, único e irreplicable que es el hombre y que estos saltos manifiestan grados de perfección suficientemente diferenciables como, en general, todo el orden cualitativo. Esta gradación puede perfectamente ser también temporal. Si así fuera, no sólo el espacio manifestaría su maravillosa multiplicidad de formas diferentes simultáneas, sino también el tiempo mismo mostraría una gradual riqueza de formas, de menor a mayor perfección, y ambos, espacio y tiempo, mostrarían que tienen en la perfección suma de su Creador su único modelo, pues habría una creación en el espacio y en el tiempo.

La gradación específica que existe en la naturaleza, no es un hecho fortuito, sino que es el modo de realizar la ordenación de lo inferior a lo superior, que es aquello en que consiste el orden, según la filosofía teleológica que presenta santo Tomás:

«El alma no sólo es fin de los cuerpos vivientes *sino también de todos los cuerpos naturales inferiores, lo cual se prueba así*: comprobamos que todos los cuerpos naturales son como instrumentos del alma, no sólo entre los animales, sino también entre las plantas. En verdad, vemos que los hombres se sirven de los animales y de los entes inanimados para su utilidad; los animales de las plantas y de los entes inanimados; las plantas de los entes inanimados en cuanto de ellas toman el alimento y auxilio. Ahora bien, si uno es utilizado en la realidad, le es natural el ser utilizado. De donde se ve que todos los cuerpos inanimados son instrumentos de los animados y son para estos, y también los animados menos perfectos son para los animados más perfectos» (*Comentario al De Anima*, n. 322).

Esta ordenación, según santo Tomás, se da en un doble orden —y ambos órdenes interesan la cuestión que tratamos. Por un lado lo corporal se orienta a lo anímico y por otro lo viviente inferior se ordena al viviente superior. Luego, no tiene nada de extraño que la verdad de fe de la creación se haya de separar del llamado fijismo.

Pero lo cierto es que las especies existen, como lo es también que sólo existen las que vemos en la realidad y no todas las lógicamente posibles, y esto sólo se puede explicar como resultado de un plan inteligente. El proceso temporal apunta al hombre como meta, tanto en la génesis de los seres inanimados, el medio cósmico en que existimos, como en los animados. Pero la evolución inmanente, como sostenían los evolucionistas, es ciega y el hombre no «aparece» más que como un eslabón entre otros en la cadena evolutiva que ha de continuar más allá de él.

La única ciencia que puede objetivamente hablar de evolución —que mejor sería decir aparición sucesiva de diversas especies, sin prejuzgar con la palabra *evolución* el mecanismo de estos cambios— es la paleontología. Ahora bien, la paleontología, esto es, el registro fósil, era en tiempos de Darwin, y es ahora, el gran enemigo del evolucionismo porque no sólo se resiste a mostrar todos los seres intermedios que el evolucionismo requiere sino que se complace en dar «saltos» cualitativamente enormes.

Filosóficamente considerada, la continuidad pertenece sólo a la materia, a la potencia, aquello que tiene carácter de indefinido en la cantidad, pero toda determinación es

cualitativamente diferenciada y, en ningún caso puede lo potencial dar razón total de lo actual. Sigue siendo válido lo afirmado por Aristóteles, que santo Tomás reitera, esto es, que, en el orden temporal del individuo que deviene, la potencia precede al acto, pero en el orden de lo absoluto, desde el punto de vista del ser, lo actual precede a lo potencial como la causa es anterior al efecto.

El evolucionismo continuista, gradualista, que era la idea esencial del evolucionismo filosófico de Herbert Spencer, tiene además en su contra el tiempo mismo del que querría hacer un demiurgo. En efecto, la edad del universo en general, unos quince mil millones de años, y la edad de las formas vivas en particular, unos mil quinientos millones de años —a lo más dos mil quinientos—, son un lapso de tiempo ridículo para que se produzca un evolucionismo fundado, como hoy se dice, en un mutacionismo azaroso. Son miles de billones las posibilidades azarosas que se tendrían que «concordar» para que se fijasen formas de vida superior (de ahí que haya tanto empeño en rehabilitar las fenecidas tesis lamarckianas que «empujarían» la evolución en una dirección determinada por pura presión ambiental). Pero lo cierto es que el puro flujo temporal de un mundo de vida que emerge desde la materia, al azar, como lo sostiene Monod, y hoy se enseña tranquilamente en todas las escuelas, es incompatible con la física y la matemática.

Las teorías de la evolución

Mostramos a continuación las críticas a las diversas teorías que, desde Lamarck hasta Simpson, se han sucedido para intentar explicar la evolución biológica que se tiene por un hecho probado. Los textos no se han escogido de algunos libros críticos respecto al evolucionismo —que los hay—, sino de una obra que da una presentación general del tema totalmente favorable a la evolución, como se podrá comprobar por las palabras iniciales del texto copiado. Concretamente, entre otros del mismo tenor, se han escogido los que presentan las teorías de la evolución en la voz «evolución biológica», de la *Enciclopedia Larousse* en español por su mayor modernidad.

Por razones de brevedad, sólo hemos hecho una breve explicación de la teoría y hemos limitado la reproducción textual al aspecto crítico de cada teoría, por cuanto no queremos influir con nuestra propia opinión, permitiéndonos solamente destacar las frases más relevantes. Estas son las críticas que, desde el campo estrictamente científico se han presentado a cada una de las teorías de la evolución:

«Teorías explicativas de la evolución

»Así, pues, el hecho de la evolución está bien establecido, con un rigor suficiente. Se han descrito sus rasgos característicos y se han reconocido algunas reglas. **Pero el meca-**

nismo de la evolución permanece muy impreciso: en efecto, toda teoría realmente explicativa debe dar cuenta de un conjunto de hechos: origen de los grandes tipos de organización, origen de las especies, desarrollo ordenado de los diversos organismos, adaptación del ser vivo a su medio.

»Sin embargo, **varias teorías han intentado** explicar el mecanismo evolutivo».

La primera de estas teorías, el lamarckismo, debido al caballero de Lamarck en su obra *Filosofía zoológica*, de 1809, consiste, básicamente, en sostener, primero, que el medio ambiente ejerce una acción importante sobre el organismo, el cual reacciona mejorando o desarrollando algún nuevo órgano y, segundo, que este carácter nuevo, así adquirido, se trasmite a sus descendientes. Veamos lo que hay que decir en la actualidad de esta teoría:

«Críticas al lamarckismo

»Cada uno de los postulados eleva críticas.

»*La acción del medio.*

»El medio ejerce una acción sobre el organismo. El organismo, situado en otro medio, reacciona y se adapta a las nuevas condiciones (...).

»Pero ¿existe *siempre* la respuesta a la necesidad y es siempre *útil*? **La respuesta es negativa:** a menudo, **la modificación es arbitraria y sin utilidad** (variaciones estacionales de las daphnias que afectan a la forma de la cabeza y a la longitud de las espinas). Unas aves acuáticas (rascon, polla de agua) nadan sin tener patas palmeadas; **la utilidad de un órgano no constituye una razón suficiente para determinar su aparición.**

»*La herencia de los caracteres adquiridos*

»Esta herencia de los caracteres adquiridos por el "soma" es objeto de una antigua querrela, siempre actual. Toda modificación que afecta al cuerpo, es decir, a las células somáticas, es una *somación*: **todas las experiencias hechas para demostrar la herencia de las somaciones han fracasado. Esta comprobación experimental arruina el lamarckismo, pues retira todo valor evolutivo a las somaciones».**

La otra gran teoría es el darwinismo, debida a Charles Darwin, que se funda en que la variación, como en el lamarckismo, pasa a la herencia, mientras que esta mejora, y esto es lo peculiar de Darwin, le hace superior a sus congéneres en la lucha por la vida. Esta lucha actúa como selección natural, semejante a la selección artificial de los criadores de razas de ganado. Darwin propuso estas leyes: la del Crecimiento con Reproducción; la de la Herencia, casi implícita en la reproducción; la de la variabilidad derivada de la acción directa e indirecta de las condiciones externas de vida y del uso y desuso; un ritmo de crecimiento tan elevado como para conducir a una Lucha por la Vida y, consiguientemente a la Selección Natural, que vincula así la diferencia de Carácter y la extinción de las formas menos mejoradas. El cruce sexual actúa también en esta dirección de preferir

los más dotados. Pero veamos ahora el juicio científico actual de esta teoría:

«Críticas al darwinismo

»El darwinismo se apoya sobre la variación: ahora bien, la mayor parte de las variaciones son somaciones **no hereditarias**. La importancia de la teoría se encuentra considerablemente disminuida; el segundo hecho esencial corresponde a la ventaja conferida por una variación fortuita. La estimación de una ventaja de una utilidad es difícil; **la mejora, favorable en ciertas condiciones, constituirá un obstáculo más o menos importante en otra situación.** La pata palmeada, ventajosa en la natación, restringe las posibilidades de la marcha sobre tierra. **Pero una objeción mucho más grave reside en la comprobación de que la selección ejercida por la muerte es ilusoria.** Unas experiencias han probado que *la muerte no es diferenciador*; los jóvenes soportan una gran mortalidad, compensada por la abundancia de huevos cuando no están protegidas las primeras fases del desarrollo; después, la muerte no ofrece más valor selectivo. **La supervivencia de los mejor adaptados es una ilusión;** hay una conservación del tipo medio por eliminación de los tarados, de los débiles. **Así se hunde una de las nociones fundamentales del darwinismo.**

»¿Y la selección? ¿Cuál será su acción? **La selección natural no crea nada cualitativamente nuevo;** su acción es más bien cuantitativa; acentúa o restringe ciertos caracteres; actúa sobre los mutantes que viven en el mismo medio o cuando cambian de medio».

El mutacionismo

Se funda en las teorías de Hugo De Vries (1848-1953), que parte de Mendel para enlazar con el evolucionismo a un nivel muy restringido, poniendo el énfasis no en la transmisión del carácter adquirido, que se niega como ya lo habían hecho en 1880 los llamados *ultradarwinistas*, sino en la mutación espontánea que permite hablar de herencia de la transformación producida.

De Vries sustituye la variación continua de Lamarck y Darwin por la variación discontinua, o mutación súbita hereditaria. El redescubrimiento de las leyes de Mendel reforzó mucho el mutacionismo, mostrando cómo las mutaciones se transmiten, se combinan y engendran las novedades.

Una hipótesis nueva, preconizada desde 1902 por Lucien Cuénot (1866-1951), la *preadaptación*, se incorpora en el mutacionismo; puede ser considerada como un aspecto particular de la selección natural. Permite comprender cómo un animal puede escapar de un medio o de unas condiciones de vida y conquistar un nuevo modo de vida.

«Críticas al mutacionismo

»El mutacionismo contiene algunos puntos sólidos: mutación, transmisión de las mutaciones, no heredabilidad de los caracteres adquiridos por el soma, preadaptación. Permi-

te una interpretación de la microevolución, es decir de la evolución a nivel de especie. Como las otras teorías, **no explica la tipogénesis y el nacimiento de los grandes grupos**, más que el hecho de la adaptación. Otorga una gran parte al azar: la mutación es un fenómeno de azar, el descubrimiento de un lugar vacío depende del azar. ¿Cómo concebir que mutaciones al azar engendren series ordenadas u órganos tan complejos como un ojo, que necesitarían numerosas correlaciones entre todos esos azares sucesivos? **El mismo principio de la teoría levanta críticas. ¿Cuál es el valor evolutivo de las mutaciones? Son en general sustractivas y raramente aditivas; sobre todo, no son constructivas y no aportan nada de nuevo.**

»**Todos los mutantes de las moscas del vinagre siguen siendo moscas del vinagre fácilmente identificables.** Ahora bien, a lo largo de la evolución, aparecen caracteres nuevos, auténticas innovaciones cuya génesis permanece siempre oscura».

«Teorías efímeras

»A título de cita, mencionaremos algunas **pequeñas teorías de éxito más o menos efímero**: el psicolamarckismo de A. Pauly (1905), la entelequia de Hans Driesch, la concepción organísmica de Ludwig von Bertalanffy (1928), el holismo de Jan Christiaan Smuts (1916), la normogénesis de Lev Semionovich Berg (1922), la hologénesis de Daniele Rosa (1904), la aristogénesis de H. F. Osborn...»

La teoría sintética de la evolución

Como su nombre indica, esta teoría sintetiza ideas de las doctrinas anteriores y una serie de ramas diversas confluyen en ella. Su principal mentor fue Dobzansky (1937), y en la actualidad la sostiene sobre todo el paleontólogo Simpson. Consiste en estos puntos: primero, aceptación de las mutaciones como base física de los nuevos caracteres de los adultos; segundo, existencia de una presión ambiental, o de otras especies, que ejercen una selección natural; tercero, aislamiento de la nueva formación, que viene favorecida por la existencia de ambientes singulares.

La selección natural admitida en esta teoría que, según las condiciones, será *equilibradora, diversificante o direccional*, difiere totalmente de la que fue propuesta por Darwin, que se apoyaba en una muerte diferenciador que eliminaba los menos aptos.

«Críticas a la teoría sintética

»Esta teoría original se apoya sobre bases sólidas. Es evidente que las mutaciones, genética de poblaciones y selección juegan un papel importante. Pero **se ignora siempre el valor evolutivo de las mutaciones, que son hereditarias pero fortuitas y no adaptativas.**

»El estudio de la estructura genética de poblaciones, en

pleno auge, aporta precisiones sobre la especiación, y partiendo de la comprensión de la evolución infraespecífica y específica. Pero **¿es razonable pretender extender los mecanismos responsables de estas dos evoluciones a la evolución transespecífica, es decir, a la génesis de las unidades taxonómicas de rango elevado?**

»La concepción de la selección se ha mejorado: la selección en sus diversas formas —conservadora, equilibradora, diversificante, direccional— aparece ahora como un proceso que consiste en mantener las especies en armonía con las condiciones del medio. Para algunos, la evolución consiste en un sistema cibernético que comprende series de retrocontroles entre el organismo y el medio: cada cambio está condicionado por los cambios precedentes, que así mismo condicionan los cambios posteriores. La evolución se realizaría a "tientas".

»**¿Cómo explicar la génesis de las coadaptaciones de los órganos formados por el ajuste recíproco de dos partes independientes que se desarrollan sin ningún contacto, sin ningún amoldamiento?** ¿Han podido aparecer como mutaciones complementarias y coordinarse con el fin de edificar un dispositivo tan preciso como el aparato de enganche de las alas de las abejas? Los órganos complejos con estructuras coordinadas (ojo, oreja, cerebro) plantean problemas análogos. **Darwin escribía que "el problema del ojo le daba fiebre" (1860); muchos biólogos modernos tienen la misma dificultad.** Por el contrario, Simpson y los partidarios de la teoría sintética estiman que todos los problemas están resueltos, **lo que es manifiestamente contrario a los hechos.**

»**¿Se vislumbran nuevas hipótesis explicativas en el porvenir?** Investigaciones recientes, que tratan particularmente sobre los portadores de ADN y la cariología comparada, aportan resultados no despreciables (...)

»La duplicación génica se efectúa principalmente bajo la forma de una duplicación "en tándem", afectando a porciones del genoma, y por la poliploidía llevándola sobre la totalidad del genoma.

»Estos mecanismos, **todavía hipotéticos**, creadores de genes nuevos, ¿serán capaces de explicar la tipogénesis? **Todavía son indispensables muchas investigaciones para aportar una auténtica solución a la tipogénesis en particular y al problema de la evolución en general».**

Toda esta recensión corrobora las palabras del discurso papal, cuando dice «a decir verdad, más que de la teoría de la evolución habría que hablar de las teorías de la evolución». El lector se ha dado cuenta de que no hay ninguna teoría explicativa de las grandes transformaciones que se necesitan para poder sostener que todas las especies existentes en la actualidad proceden de una única forma primitiva. No lo explican ni ninguna en particular ni siquiera lo que puede haber de verdadero en todas juntas. La evolución sigue siendo un proyecto, pero nos preguntamos incluso si habrá de ser en sí mismo un proyecto fructífero para la misma ciencia biológica. Podría suceder que el verdadero progreso en biología se realizase, como el gran descubrimiento de Mendel, al margen de esta teoría y de sus investigaciones.

EN LA DEMOCRACIA ABSOLUTA

El sentido de la libertad y de la separación entre el Estado y la Iglesia

El papa Pío IX condenaba en 1862 la siguiente proposición:

El Estado, por ser la fuente y origen de todo derecho, tiene en sí mismo un derecho absolutamente ilimitado. (*Syllabus*, proposición 39).

Ratificando esta doctrina, León XIII enseñó en la *Libertas*:

El liberalismo pretende en lo moral y en lo político lo mismo que el naturalismo o racionalismo en filosofía, ya que es la aplicación a la vida y a la sociedad de las afirmaciones del naturalismo.

Desaparece la distinción entre lo bueno y lo malo; la autoridad se separa de todo principio y ley y qué sea lo que se debe obrar queda al arbitrio del número, lo que conduce a la tiranía.

Hablando Pío XII, en la Navidad de 1944 de «una sana democracia», la definía como «fundada sobre los inmutables principios de la ley natural y de las verdades reveladas», y advertía contra la corrupción que atribuye al Estado un poder sin límites, que hace también del régimen democrático, no obstante las contrarias pero vanas apariencias, un verdadero y simple sistema de absolutismo. En realidad, como veremos enseguida, en la democracia liberal y revolucionaria moderna culmina el absolutismo del poder político.

Sólo los que desconocen, o afectan desconocer, la inspiración profunda de la democracia liberal que inspiró las revoluciones americana y francesa, pueden tomar por injustas las denuncias que formularon Pío IX y León XIII.

Leemos en Spinoza, la fuente de la doctrina de Rousseau en su «contrato social»:

Los que ejercen el poder soberano son los únicos que tienen derecho a decidir lo que es justo y lo injusto y lo que es conforme o no a la verdadera piedad. En orden a mantener este derecho del mejor modo y asegurar la estabilidad del Estado, es conveniente dejar libertad a cada uno para pensar lo que quiera y decir lo que piensa. (*Tratado Teológico político*. Prefacio).

En su inspiración filosófica moderna la libertad religiosa tiende a lo opuesto a lo que afirmó Juan XXIII al fundamentarla en el deber del hombre de dar culto a Dios. El contemporáneo «pluralismo» no es apertura del poder político a la pluralidad social, sino esfuerzo tiránico que

cierra a la sociedad todo principio unitario fundado en la autoridad trascendente y sobrenatural de Dios.

El mismo Spinoza, en su *Tratado de lo político* califica el régimen democrático como «el más absoluto», es decir, aquel en que se puede ejercer mejor este poder de ser la fuente única de ideas morales y jurídicas. Porque en la filosofía de Spinoza «bueno y malo» no tienen en sí mismos significado alguno, sino que llamamos bueno a lo que conocemos como útil para conseguir lo que deseamos (*Ethica IV*, prefacio).

Las convicciones en torno al libre albedrío de la voluntad humana, al bien y al mal, a lo loable y lo censurable no son sino prejuicios surgidos de la ignorancia de la realidad de la naturaleza (apéndice a la *Ethica I*, prop. 32).

El poder político es, pues, absoluto, y carece de sentido pretender que ha de regirse por normas de «derecho natural» o de justicia que trasciendan la voluntad del poder político. En la democracia de Spinoza y de Rousseau ha de verse como una pretensión ilusoria cualquier juicio dado desde una supuesta autoridad religiosa. La idea de Dios personal y trascendente a la naturaleza es una ilusión engañosa y supersticiosa surgida de la ignorancia.

La realidad de la inspiración profunda de la democracia moderna, su fundamentación en el ateísmo y su devastadora influencia descristianizadora, la experimentamos cada vez más en la vida de los pueblos que fueron educados y formados por la fe cristiana en los siglos de la cristiandad.

Del socialismo, culminación de la democracia moderna dijo Benedicto XV (*Bonum sane*, 2-VII-1920) que era «el más mortal enemigo de la vida cristiana». Dostoyewski escribió en *Los hermanos Karamazov*:

El socialismo es... principalmente, el problema de la Torre de Babel, edificada sin Dios, no para llegar al cielo desde la tierra sino para hacer descender lo celeste hasta lo terreno.

Los recientes hechos de la legislación abortista en Polonia; la pretensión, vivida en España recientemente, de que los obispos no puedan hablar de la ilicitud del divorcio; y el que se hable ya del reconocimiento legal de las relaciones homosexuales no son sino ejemplos de este absolutismo anticristiano y ateo de la democracia absoluta surgida de la filosofía del liberalismo.

ALGUNOS GRABADOS DE

Ofrecemos, en esta breve nota histórico-iconográfica, para los lectores de *CRISTIANDAD* la reproducción de cuatro grabados inmaculistas que, muy brevemente, pasamos a comentar. En primer lugar, nos es muy grato reproducir una de las imágenes más divulgadas de «La Purísima» en los territorios del Principado de Cataluña (Cf., *grabado núm. 1*), la cual ilustró muchas ediciones de «goigs», estampas, almanaques y devocionarios editados en la Cataluña setecentista; se trata de una bella y estilizada «xilografía al boix» de gran aceptación y difusión durante la segunda mitad del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, (aunque con la media luna y serpiente, expresamente, con poca ostentación). La segunda imagen (Cf., *grabado núm. 2*) es una simpática representación de la Inmaculada vestida con el hábito de religiosa concepcionista y rezando la corona franciscana, a los pies de la cual se halla un religioso franciscano (presumiblemente san Francisco de Asís) y un ángel (seguramente el arcángel san Gabriel, portador de la primera alegría a la Virgen Santísima en el momento de la Anunciación). La tercera representación (Cf., *grabado núm.3*), supera con creces el estilo popular de los dos

grabados anteriores, pues se trata de una incisión al cobre, realizada en Roma, debida a Luis Branzo, la cual tuvo una gran difusión en toda Europa y América a partir de la definición dogmática,¹ y especialmente divulgada a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX con la siguiente inscripción a los pies de la imagen: «*Immaculata Conceptio, sit nobis salus et protectio*»; la multitud de ángeles que rodean a la Virgen Santísima debemos atribuirlos al influjo de la famosa obra de la madre Ágreda (religiosa concepcionista), *Mística Ciudad de Dios*, en las representaciones figurativas de la Inmaculada² y, las doce estrellas de la corona, la luna bajo los pies y la

1. Debida al papa Pío IX, con la bula *Ineffabilis Deus*, del 8 de diciembre de 1854. Sobre el papa Pío IX y el dogma de la Inmaculada Concepción, cf., el reciente núm. de *CRISTIANDAD* LIII (mayo-junio 1996) pp. 102-105.

2. Cf., MARÍA DE JESÚS DE AGREDA, *Mística Ciudad de Dios [...]* *Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios* (Madrid, 1670), 3 vols. (aunque algunos señalan una primera edición en 1668), con repetidas ediciones y traducciones a diversas lenguas a lo largo de los años, desde su aparición. Esta obra fue censurada por la Sorbona de París, y la Inquisición hispana prohibió temporalmente su lectura.



1



2

TRADICIÓN INMACULISTA

serpiente (muy visibles en este caso), obviamente, aluden a los conocidos pasajes del Apocalipsis y del Génesis.³ Finalmente (Cf., grabado núm.4), añadimos una de las representaciones más populares de la Inmaculada de la escuela franciscana (aunque sin el Niño Jesús en brazos de María atacando a la serpiente infernal), con el

3. Cf. *Apocalypsis Beati Ioannis Apostoli*, 12, 1: «Et signum magnum apparuit in caelo: Mulier amicta sole, et luna sub pedibus eius, et in capite eius corona stellarum duodecim»; *Liber Genesis*, 3,15: «Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo eius». Una explicación teológico-espiritual sobre el significado de las doce estrellas de la corona, lo escribió en 1755 el padre FÉLIX ANDREU DE BARCELONA, *Docenario en que se explican las Estrellas que componen la brillante Corona de la Reyna de los Cielos en su Inmaculada Concepción [...] Compuesto por un Religioso Capuchino de la Provincia de Cathaluña*. Vic, Imp. Morera, [1755]. Un mayor desarrollo de la mariología y de la doctrina inmaculista, en esta época lo ofrece, el también capuchino, SERAFÍN DE SAN FELIPE [de Mahón], *Imperio de María en los Reynos de la Naturaleza, del Cielo, de la Tierra y del Infierno, en donde se describe su dominio y señorío*. Palma [de Mallorca], Imp. Cerdá, [1742-1748], 2 vols.

emblema seráfico a los pies de la Virgen María,⁴ y la paloma figurativa del Espíritu Santo sobre la Virgen Santísima, aludiendo al momento de la concepción virginal de Jesús. Con estas reproducciones (conservando las dimensiones de los originales),⁵ deseamos haber recuperado la memoria de algunas de las representaciones inmaculistas más populares de nuestra tradición artístico-religiosa. En una nueva oportunidad seleccionaremos nuevas iconografías de esta preciosa advocación mariana con otros matices y perspectivas, sugeridos por las representaciones populares.

fr. Valentí Serra de Manresa, ofm cap.

4. Sobre las aportaciones del franciscanismo al desarrollo del dogma inmaculista, Cf. MELCHOR DE POBLADURA [ed.], *Regina Immaculata. Studia a sodalibus capuccinis scripta occasione primi centenarii a proclamatione dogmatica Immaculatae Conceptionis B.V.M.* (Roma, 1955).

5. Los grabados reproducidos forman parte de la colección iconográfica del «Arxiu Provincial dels Caputxins de Catalunya» (ubicado en el convento de Sarriá, en Barcelona), iniciada por fr. Silveri de Mataró y el padre Andreu de Palma.



3



4

¿Santa Teresita del Niño Jesús, doctora de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración?

Evaristo Palomar

Las palabras de monseñor Guy Gaucher que recoge *CRISTIANDAD* (v. *infra*, p. 27) me animaron a volver páginas atrás en la revista con el fin de retomar algo muy querido de ella, y que anida en lo más profundo de quienes forman la redacción de la misma. Nacida al calor y el ideal del Reinado de los Sagrados Corazones de Jesús y de María; cincelada en los Pensamientos y ocurrencias del querido padre Ramón Orlandis, cuya ardiente presencia permanece, ha hecho suya, sin grandes teorizaciones al respecto, la doctrina extraordinariamente vital de la santita de Lisieux: Amar, amar, amar. «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor».

Recuerdo, hace ya unos años, la conferencia que, con ocasión de la reunión anual de Schola Cordis Iesu, dictara Ignacio Azcoaga. En dicha conferencia exponía el magisterio romano contemporáneo sobre la devoción al Sagrado Corazón, señalando a modo de tres etapas. Sus palabras enlazaban implícitamente con las líneas maestras del padre Orlandis en relación a los designios divinos en la manifestación de su Amor a los hombres de esta época de la historia, la etapa de Paray, los deslumbrantes escritos del padre Ramière, y, la tercera y última, el camino, pequeño y a la par universal, de santa Teresita. La encíclica de Su Santidad Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, mostraba lo nuclear, lo central, el mismo ser divino, Amor, que por amor, se da a sí mismo a los hombres, para que el Amor venga a serlo todo entre los mismos hombres y su medida, pues es la medida del mismo ser humano.

El pontificado de Juan Pablo II principiaba en 1978, coincidiendo, cosas de Dios, con la celebración litúrgica de santa Margarita María —un 16 de octubre, pues—. El lema de su escudo pontificio, *Totus tuus*, se tomaba de la consagración en esclavitud a Cristo por manos de la Santísima Virgen María, según el espíritu y la doctrina de san Luis María Grignon de Monfort. Le había precedido, en pontificado brevísimo, un papa que contaba en sus audiencias «historias», esto es, como narraciones cuya accesibilidad era común al Pueblo de Dios. Releo ahora algunos de sus escritos... y traigo a la memoria aquel artículo del doctor Canals titulado «El Papa, Papa», referido al papa Luciani.

Algo más de siete años antes, en enero de 1971, salta-

ba a las páginas de la revista *CRISTIANDAD* un artículo-editorial del padre Roberto Cayuela, de la Compañía de Jesús, donde lanzaba la iniciativa de la proclamación de santa Teresita del Niño Jesús como doctora de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración. Por aquella época, en pleno pontificado de Su Santidad Pablo VI, se popularizó la expresión «Civilización del Amor», que recogía en su intención primera el contenido del Reinado del Sagrado Corazón. Comento esto por lo que a mi parecer encierra de conexión con la serie de circunstancias que han venido a subrayar dicha iniciativa de 1971, y en los frutos que tendría de cara a la situación presente y todavía más de cara al tercer milenio. Pienso todavía en Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*; y pienso en el impulso misionero de Juan Pablo II de reevangelización, *Redemptoris Missio*. Y todavía más en lo que el Espíritu Santo alentó en el espíritu y la letra del Concilio Vaticano II, como vocación universal a la santidad y al apostolado.

Es esta una cuestión que impulsó con fuerza y practicidad exquisita el padre Ramière en su escrito fundamental *El Apostolado de la Oración* (1861), y cuya idea fuerte es que el apostolado de la oración es el apostolado del Corazón de Jesús, según lo expresara, entre tantas ocasiones, en el famoso sermón de Bilbao de 1883. Por esta vía, el Apostolado de la Oración, al tomar como patrono a San Francisco Javier, ponía de relieve su primordial vocación evangelizadora: extender las riquezas insondables de Jesucristo al entero universo. Y en el mismo Ramière, según le es constantemente presente, defender a la Iglesia, el Pueblo de Dios, de los ataques y asechanzas de sus enemigos. Pero atendamos al mismo Ramière; en la obra referida insiste en la oración, la asociación y la unión al Corazón de Jesús, y nos dice: «El Espíritu de Dios, presente en nosotros, no con la misma plenitud, pero sí con la misma realidad que en el alma de Jesucristo, reproduce en el fondo de la nuestra los sentimientos del Salvador; hace latir nuestro corazón con los latidos de su corazón divino; levanta nuestra alma al cielo con inefables gemidos, semejantes a los que exhalaba el alma divina del Hijo, y nos arranca de los labios aquel grito de ¡Padre, Padre! que, más suyo que nuestro, va impregnado de ese acento y amor filial, a que el corazón del Padre celestial no sabe resistirse».

Para el padre Ramière, esta asociación de los cristianos junto a María en la oración del Corazón de Cristo, es el motor y la vida de la Iglesia, en cuanto que es la misma vida del Espíritu. «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo»; este punto de apoyo es aquel por quien fue creado el mundo y para quien fue creado el mundo, Jesucristo, en cuya alma habita plenamente la divinidad, y hacia quien, como principio y fin de todas las cosas, se encuentra ordenado todo; Aquel que dijo de sí mismo, «sin mí nada podéis hacer». Santa Teresita vivió esto como vivencia del mismo Evangelio, y en una inteligencia radical. «Para mí la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y amor, tanto en medio de la tribulación, como en medio de la alegría». «Quiero, en una palabra, ser hija de la Iglesia como lo era nuestra Madre santa Teresa, y rogar por las intenciones de nuestro Santo Padre el Papa, sabiendo que sus intenciones abarcan el universo. Este es el fin general de mi vida». «Nuestra misión es más sublime todavía. He aquí las palabras de Jesús: “Levantad los ojos y ved...” Ved como en mi cielo hay sitios vacíos, os toca a vosotras llenarlos... Vosotras sois mi Moisés orante en las montañas; pedidme obreros y yo los enviaré, ¿no espero más que una oración, un suspiro de vuestro corazón! El apostolado de la oración ¿no es, por decirlo así, más elevado que el de la palabra?».

La proclamación de santa Teresita como patrona del Apostolado de la Oración, junto a san Francisco Javier, vendría a impulsar la realidad estelar de la que se nutre: el tener como campo apostólico el entero universo y como arma de su impulso y eficacia apostólicas el ofrecimiento de obras, aquella oración por la que la entera vida y en cualesquiera de sus manifestaciones, uniéndose por María al sacrificio del Corazón de Cristo, se hace oración de impetración y súplica como oración del mismo Cristo en orden al Reino, según la esperanza evangélica, y las intenciones de la Iglesia, de modo por completo especial en Pedro.

El devenir histórico de la Iglesia, guiada continua y permanentemente por el Espíritu Santo, ha señalado para cada era de su caminar una estela acomodada a los tiempos y las necesidades de los hombres. Como ha ido descubriendo lo que era desde el principio, y que la misma Iglesia obtiene de los tesoros de la Sabiduría eterna. La libertad de la Iglesia fue saludada con el lábaro salvador de la Cruz. León XIII, en lo que señaló como el acto más importante de su pontificado, la consagración del entero universo al Sagrado Corazón, aludía a un nuevo lábaro llamado a presidir una nueva época de la Iglesia, como lábaro de fe, de esperanza y de caridad. Justamente cuando se ha enfriado la fe, pareciera que no hay que esperar y el amor divino desaparece del horizonte humano «desaparecido» el mismo Dios y su Cristo. «Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fue vista en lo alto por un

joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: El Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En Él se han de colocar las esperanzas, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres» (*Annum Sacrum*, 11).

Pío XI, al canonizar a Teresa de Lisieux, insistirá en lo nuclear de la vida de nuestra Santa: «Esta abundancia de luces y gracias divinas que fueron dadas a Teresa habían prendido en su corazón tal incendio de caridad que al fin la consumió... y, en este orden de ideas, ella pudo decir antes de su muerte que «jamás había dado a Dios otra cosa que amor». Hizo, pues, de su vida un acto de amor a Dios. Y no otra cosa, sino eso mismo, es lo que muestra la infancia espiritual y la doctrina de vida y salvación que Dios nos enseña a través de santa Teresita: «También damos gracias a Dios por permitirnos hoy, a Nos, que ocupamos el lugar de su Hijo, de recordaros a todos y hacer penetrar en vuestras almas, desde lo alto de esta Cátedra de verdad, en la solemnidad augusta del Sacrificio, un aviso de salvación dado por el divino Maestro. Un día que sus discípulos le habían preguntado que quién sería, según su juicio, el más grande en el reino de los cielos, *llamó a un niño, lo puso en medio de ellos*, y dijo estas palabras memorables: *En verdad, os digo, si no os convertís y hacéis semejantes a este niño, no entraréis en el reino de los cielos*».

Y continúa el mismo Pontífice: «Teresa, nuestra nueva Santa, impregnó profundamente su alma de esta doctrina evangélica; la convirtió en práctica de su vida cotidiana; más todavía, enseñó este camino de la infancia espiritual, primero, por sus lecciones y sus ejemplos a las jóvenes novicias de su convento, después, por sus escritos, a todas las almas. Estos escritos han sido difundidos por el mundo entero; nadie los puede recorrer sin amarlos; sin leerlos, y releerlos con el más vivo placer y con el mayor provecho».

En su *Historia de un alma* nos enseña:

«No creáis que nado en consuelos. ¡Oh, no! Mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto, no por medio de libros, pues no entiendo lo que leo.

Pero a veces, una frase como la que he hallado al final de la oración viene a consolarme: *He aquí el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del AMOR.*

¡La ciencia del amor! ¡Ah, sí! Estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma. Esta es la única ciencia que deseo. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, estimo, como la esposa de los Cantares, no haber dado nada...

Comprendo tan perfectamente que no hay cosa que pueda hacernos gratos a Dios fuera del amor, que es este amor el solo bien que ambiciono.

Jesús se complace en enseñarme el único camino que conduce a esta divina hoguera. Este camino es el *abandono* del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su padre... «Si alguno es *pequeñito*, que venga a mí», dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón.

Y este mismo Espíritu de amor dijo también: que «*la misericordia se concede a los pequeños*».

En su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «*el Señor conducirá a los pastos su rebaño, reunirá a los corderillos y los estrechará contra su pecho*».

Y como si no bastaran todas estas promesas, el mismo profeta, hundiendo su inspirado en las profundidades eternas, exclama en nombre del Señor: «*a la manera que una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo a vosotros. Os llevaré en mi regazo y os acariciaré sobre mis rodillas*». (...)

... Jesús no pide grandes obras, sino solamente abandono y agradecimiento, puesto que dijo en el salmo XLIX: «*No necesito de los machos cabríos de vuestros rebaños, porque todas las bestias del bosque y los miles de animales que pastan en las colinas me pertenecen. Conozco todas las aves de las montañas. Si tuviese hambre, no os lo diría a vosotros, pues la tierra entera, con todo lo que contiene, es mía. ¿Es que tengo que comer la carne de los toros y beber la sangre de los machos cabríos?...* INMOLAD A DIOS SACRIFICIOS DE ALABANZA Y DE ACCIÓN DE GRACIAS».

He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor. (...)

... siempre he deseado ser santa. Pero ¡ay!, cuantas veces me he comparado con los santos, siempre he comprobado que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cima se pierde en los cielos y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes.

Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez puedo aspirar a la santidad. Acrecerme es imposible; he de soportarme a mí misma tal y como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo...

Entonces, busqué en los libros sagrados la indicación del ascensor, objeto de mi deseo, y hallé estas palabras salidas de la boca de la Sabiduría eterna: «*Si alguno es PEQUEÑITO, que venga a mí*» (...)

«*Buscad con ardor los DONES MÁS PERFECTOS, pero voy a mostraros un camino más excelente*». Y el apóstol explica cómo todos los dones, aún los más PERFECTOS, nada son sin el AMOR... Afirma que la caridad es el CAMINO EXCELENTE que conduce con seguridad a Dios.

Había hallado por fin el descanso... Al considerar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por san Pablo; o mejor dicho, quería reconocirme en todos...

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia *tenía un corazón y que este corazón estaba ARDIENDO DE AMOR*.

Comprendí que sólo el Amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el AMOR ENCERRABA TODAS LAS VOCACIONES, QUE EL AMOR LO ERA TODO, QUE EL AMOR ABARCA TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS LUGARES ... EN UNA PALABRA, ¡QUE EL AMOR ES ETERNO!...

Entonces, en el extremo de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío!... Por fin, he hallado mi vocación, ¡MI VOCACIÓN ES EL AMOR!

Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh, Dios mío!, vos mismo me lo habéis dado...: ¡en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor!... ¡¡¡Así lo seré todo... así mi sueño se verá realizado!!!».

Hace tres años, comentaba el doctor Francisco Canals en las páginas de esta revista (cf. núm. 749-750), y en el sentido del doctorado ejercido por santa Teresita en la Iglesia: «El mensaje nuevo es éste: "si no os hacéis semejantes a los pequeños, no entraréis en el reino de los cielos". "El que se hace pequeño como un niño será el mayor en el Reino de los Cielos". Santa Teresita del Niño Jesús ha de insistir en que "no se tiene nunca demasiada confianza en Dios, tan omnipotente y misericordioso", y advertimos que "es la confianza, y sólo la confianza, la que ha de llevarnos al amor", y al llamar a las almas pequeñas a entregarse como víctimas al Amor misericordioso de Dios, enseña precisamente un camino que es apto para hacer sentir a todo cristiano la posibilidad de responder a su vocación a su vocación a la santidad. La "novedad" del camino de santa Teresita está en esto: la santidad, a la que todos estamos llamados, no consiste en lo que se llamaban "obras de superrogación", ni en el ejercicio de los carismas, ni en ninguna "excelencia" de orden humano, ni siquiera propiamente en "ministerios", "estados de perfección" —que son instrumentos ordenados a la perfección misma— consiste en el cumplimiento cotidiano y

ordinario de la voluntad de Dios, en la práctica perfecta de los preceptos de amor a Dios y al prójimo, a lo que todo lo demás se ordena».

En un cierto sentido, pues, santa Teresita ha mostrado universalmente el caminito de la santidad, a lo que se asemejaba aquello que nos mostraba el padre Ramière acerca del Apostolado de la Oración en la familia de Nazareth, Jesús, José y María. Y «lo ha hecho» accesible. El Concilio Vaticano II no enseña sino esto, que la vocación común del cristiano es la santidad (cf. *Lumen Gentium*, cap. 5), y no este determinado carisma o aquel otro, esta determinada función o aquella otra, este ministerio o el otro. Y la santidad no es otra cosa más que la voluntad de Dios aquí y ahora, en lo cotidiano de cada día. Y, todavía, el magisterio de santa Teresita enseña por vía de experiencia, aquello mismo que señala igual-

mente el doctor Canals, el no descansar sino en Dios, y en manera alguna en las propias obras. De este modo, la infancia espiritual viene a situar en el centro de la vida cristiana común las virtudes evangélicas que tienen en el amor a Dios su quicio, eje y principio fontal, para, abandonándose al Dios de todo amor, no vivir sino de Él, para Él y en Él.

Cumplida una etapa, no parece sino el despertar de otra nueva en la que la vocación de Teresita del Niño Jesús —pasar su cielo en la tierra— está llamada a realizarse con mayor plenitud, y en la expresión que el doctor Canals, tomándola de Pío XI, señalaba como «estrella» de la nueva evangelización. Con estas palabras conectan aquellas otras recientes del obispo auxiliar de Bayeux y Lisieux, «las maravillas operadas por Dios a través de Teresa están todavía por venir...».

UNAS PALABRAS DE MONSEÑOR GAUCHER

ANTE EL PRÓXIMO CENTENARIO DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Este octubre pasado se han cumplido noventa y nueve años de la entrada en la vida de santa Teresita del Niño Jesús. Queda, pues, de por medio un año para preparamos a acontecimiento del todo tan especial como el del centenario del *dies natalis* de nuestra Santa.

Estas letras quieren hacerse eco de otras, las del obispo auxiliar de Bayeux y Lisieux, Mgr. Guy Gaucher. El motivo de las mismas lo es precisamente santa Teresita, su mensaje y su misión; la oportunidad, la reedición de la obra de Jean Guitton, *Le génie de Thérèse de Lisieux* (Éditions de l'Emmanuel, París, 1995), en el marco del centenario comentado.

El escrito de Guitton se remonta a 1954, en que dio a la imprenta, en *Annales de Lisieux*, su *Essai sur le génie spirituel dans la doctrine de sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus*. Texto que sería ampliado en 1965, bajo el título *Le Génie de sainte Térèse de l'Enfant-Jésus*, que es el que ahora se reedita. En el prólogo de esta reedición, escrito en Roma en 1994, nos dice el autor:

«El pequeño cuaderno de Teresa ha sido el best-seller del siglo xx. ¿Por qué? Porque Teresa expresaba en lenguaje simple, infantil, genial —es decir, ingenuo— lo que todos los místicos han dicho siempre, a saber, que el amor lo es todo... y que un solo acto de amor puro cumplido en silencio valía más que todas las prácticas ascéticas. Es esta primacía del amor la que se expresa en la fórmula *Deus caritas est*». En el prólogo de 1965 y de la mano de un pensador ruso de religión ortodoxa, Merejskowski —en su libro *De Jesús*

a nosotros—, Guitton coloca a santa Teresita entre las cumbres de la santidad de todos los tiempos, santidad que alcanzó a expresar en querer pasar su cielo en la tierra hasta el fin de los tiempos. Y santidad que descansa justamente en querer vivir sólo del Amor divino, desplegándose desde su acto de ofrenda al Amor misericordioso, para abandonarse por completo a Dios y no cimentarse en las propias obras conforme al mejor espíritu católico.

Monseñor Gaucher recoge un anhelo ampliamente sostenido del Pueblo de Dios, la proclamación de santa Teresita del Niño Jesús como doctora de la Iglesia, para elevarlo a Su Santidad Juan Pablo II, terminando con unas palabras que parecen alentar en el sentido de la esperanza cristiana, cuando el Amor de Dios cubra la entera tierra. He aquí sus palabras:

«Cercanos al centenario de la "entrada en la vida" de la carmelita (1997), era muy oportuno publicar de nuevo estas páginas, inencontrables desde hace tiempo. (...) Serán un argumento suplementario de peso para todos aquellos que, a lo largo y ancho del mundo, solicitan al papa Juan Pablo II que proclame a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz Doctora de la Iglesia. Que el filósofo, el teólogo y el Pueblo de Dios unidos sean decididos en este alba del tercer milenio, porque las maravillas operadas por Dios a través de Teresa —este genio espiritual— están todavía por venir...».

E. P. M.

PARÁBOLAS DE SANTA TERESITA (1)

Durante este centenario de la muerte de santa Teresita queremos ayudar a difundir su doctrina de la infancia espiritual de forma que, cada vez más, vayamos confiando y abandonándonos al Amor misericordioso de Jesús. Para ello, de entre sus manuscritos y consejos, iremos publicando aquellos pensamientos metafóricos que tantas veces hemos leído, pero que nunca hemos acabado de meditar, y que tanta alegría espiritual dan a las almas que quieren avanzar por este caminito.

Primera parábola: Las preferencias del Señor

Durante mucho tiempo me pregunté por qué tenía Dios sus preferencias; por qué no repartía por igual sus mercedes. Extrañaba yo verle prodigar favores extraordinarios a pecadores tan grandes como Pablo, Agustín, María Magdalena y tantos otros a quienes obligaba, por decirlo así, a recibir sus gracias. Cautivábame también la atención, al leer la vida de los santos, ver cómo acariciaba el Señor a ciertas almas desde la cuna al sepulcro, apartándoles del camino todos los obstáculos que las impedirían llegar a Él, sin permitir que el pecado empañara jamás el nítido esplendor de su vestidura bautismal. Me preguntaba a mí misma por qué los pobres salvajes, por ejemplo, mueren casi todos sin haber oído siquiera pronunciar el nombre de Dios.

Jesús se dignó ilustrarme acerca de este misterio. Puso ante mi vista el libro de la naturaleza y vi que todas las flores por Él creadas eran hermosas; que el esplendor de la rosa y la blancura de la azucena no amenguan en nada el perfume de la humilde violeta, ni quitan nada a la sencillez hechizadora de la margarita. Comprendí que si todas las florecitas quisieran ser rosas, perdería la naturaleza la galanura primaveral y ya no estarían los campos esmaltados de florecitas. Lo mismo ocurre en el jardín animado del Señor, en el mundo de las almas, pues a semejanza de las rosas y azucenas, le plugo crear los grandes santos; mas también creó otros más pequeños, que se contentarán con ser humildes margaritas o sencillas violetas, destinadas a recrear sus divinos ojos cuando los inclina a sus pies. Cuanto más las flores se gozan en hacer la voluntad divina, tanto son ellas más perfectas.

Comprendí, además, otra cosa... y es que el amor de Nuestro Señor revélase lo mismo en el alma más sencilla, que no opone ningún obstáculo a su gracia, que en la más sublime. En efecto: propio del amor es humillarse; si todas las almas se asemejasen a las de los santos Doctores que iluminaron la Iglesia, parece que Dios no descendería bastante bajo llegándose a ellas. Pero ha creado también al niño desvalido, que nada sabe sino gemir débilmente; ha creado al pobre salvaje, sin más brújula para gobernarse que la ley natural, y hasta estos cora-

zones se digna bajar. Estas son las flores del campo, cuya sencillez le enamora; y por el solo hecho de descender tan bajo, muestra el Señor su infinita grandeza. A la manera como el sol alumbra a la vez el alto cedro y la florecita, ilumina el Astro divino cada alma en particular, sea grande o pequeña, y todo lo encamina a su bien; al igual que en la naturaleza, están dispuestas a las estaciones de manera que a su debido tiempo florezca hasta la más humilde margarita.

(Primer manuscrito a la madre Inés de Jesús)

Segunda parábola: Levantar el piecicito

Ante el desaliento que una de sus novicias mostraba, en vista de sus imperfecciones, sor Teresita, su maestra de novicias, le hacía reflexionar:

Vuestra Caridad me hace pensar en un niño que empieza a tenerse en pie, pero que todavía no puede andar. Queriendo absolutamente llegar a lo alto de una escalera, para reunirse con su mamá, levanta su piecicito para subir el primer escalón. ¡Esfuerzo inútil! Siempre vuelve a caer sin poder adelantar. Pues bien: sea V. C. como este pequeñuelo; por la práctica de todas las virtudes, levante continuamente su piecicito para subir la escalera de la santidad, mas no se imagine que podrá subir ni siquiera el primer peldaño. No, pero Dios no le pide sino buena voluntad. Desde lo alto de la escalera la está mirando con amor; muy pronto, vencido por los inútiles esfuerzos de V.C., bajará El mismo, y tomándola en sus brazos, se la llevará para siempre a su reino, donde jamás se separará de su lado. Pero si deja de levantar el pie, la dejará por mucho tiempo en la tierra.

El único medio de hacer rápidos progresos en el camino del amor consiste en quedar siempre muy pequeña. Así procedí yo; por eso puedo cantar ahora con nuestro padre san Juan de la Cruz:

*Y abatíme tanto, tanto,
Que fui tan alto, tan alto,
Que di a la caza alcance.*

(Consejos y recuerdos)

EL TOMISMO EN AMÉRICA DEL SUR

(SEPTIEMBRE DE 1996)

Eudaldo Forment

En un escrito reciente, que se publicó en CRISTIANDAD, monseñor Antonio Piolanti, presidente de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás, explica, refiriéndose a algunas actitudes ante el pensamiento de Santo Tomás, que: «Se había intentado, durante sucesivos y ásperos decenios de ostracismo, dejar de lado a aquel que durante siglos había tenido el primer lugar; este intento respondía también al sentimiento de revancha que ciertos espíritus creen deber sentir hacia los personajes que, por largos períodos, han gozado de preferencia privilegiada. La tentativa parecía por un momento haber triunfado, hasta el punto que finalmente el nombre del Aquinatense era silenciado, y todos sus cultivadores rechazados como oscurantistas».

Esta situación ha cambiado, porque añade el eminente estudioso del tomismo y de su historia: «Han pasado los años, han sido exaltados nombres y autores, que se pensaba que deberían haber preparado el camino para los nuevos tiempos, pero ha ocurrido, por la intrínseca fuerza de las cosas, que el mundo tiene siempre necesidad del Sol de Aquino para recibir de él luz y calor» (CRISTIANDAD, 1996, LIII/775-776, p. 34). Este nuevo auge del tomismo, lo he podido comprobar, así como los motivos que se indican en este texto, en un viaje a Chile y Argentina, durante la primera quincena de septiembre de este año, en los siguientes actos, de los que doy seguidamente una breve noticia a modo de escueta crónica.

* * *

1. Foro-panel sobre antropología tomista

El nombre de Chile deriva de una palabra india, que significa el último confín del mundo. En este límite está presente la doctrina de Santo Tomás. Un pequeño y concreto indicio de ello es el acto académico que tuvo lugar el pasado día 6 de septiembre en una de sus universidades más importantes. Organizado por la Universidad Católica de Valparaíso, la Universidad de Santo Tomás de Santiago y la SITA de Chile, se celebró, en los locales de la primera en Valparaíso, el Foro-panel titulado «Reflexiones interdisciplinarias sobre el fundamento de la dignidad de la persona humana».

Intervinieron en el mismo don Francisco Sampedro Nieto, un gran experto en la problemática de la expan-

sión de las sectas, que tanto afecta a toda Hispanoamérica, autor del famoso libro *Sectas y otras doctrinas en la actualidad*, publicado por el Consejo Episcopal Latinoamericano, que le encomendó su redacción; Eudaldo Forment, que expuso la temática *El constitutivo formal de la persona en Santo Tomás*, y el padre Abelardo Lobato, que habló de *La grandeza de Dios, dignidad del hombre*. Participaron también en los coloquios otros profesores, entre ellos don Patricio Lombardo.

2. VI Semana de Estudios Tomistas

En Viña del Mar, en el lujoso Club de Viña, tuvo lugar la «VI Semana de Estudios Tomistas», organizada por la «Corporación Santo Tomás. V Región», bajo la dirección de su Rectora doña Cecilia Bertollini. La Corporación Santo Tomás, que preside don Gerardo Rocha, es la empresa privada de educación de Chile más importante. Cuenta con unos 20.000 alumnos y unos 2000 profesores. Está extendida a lo largo de todas las regiones del país, por medio de centros de distinto nivel de formación, en los que se educa según el humanismo de Santo Tomás.

Durante esta semana dedicada al tema «Reflexiones éticas sobre educación y familia», se dictaron dos conferencias, de acuerdo con el siguiente programa: jueves, 5 de septiembre: Apertura. Conferencia: *Los fundamentos éticos de las instituciones educativas: sociedad, familia y educación*, por el doctor Abelardo Lobato, miembro del Consejo directivo de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, director general de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino y rector de la Pontificia Facultad de Teología de Lugano, Suiza; viernes, 6 de septiembre: Conferencia: *Educación y libertad. Acerca de la persona como origen de la educación*, por el doctor Eudaldo Forment, miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, presidente de la Sección de Barcelona de la SITA y Catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona.

3. SITA. Sección chilena

Santiago, capital de Chile, está en el centro del país, al pie de la cordillera de los Andes, el sistema montañoso

más impresionante del mundo. Es una bella ciudad, cuadrículada, como la mayoría de ciudades americanas, rodeada de montañas. Los montes que rodean al famoso Aconcagua, de 7034 metros, punto culminante de las dos Américas, forman como una gran pared azul por uno de sus lados que se confunde con el cielo. Desde buena parte de la ciudad se ve una gran imagen de la Inmaculada que está en uno de los cerros, iluminada por la noche. Recuerda la imagen del Sagrado Corazón del Tibidabo de Barcelona.

En este precioso marco, la sección chilena de la SITA celebró su «Encuentro anual», el día 7 de septiembre. El tema del encuentro fue *Verdad y postmodernidad*, de acuerdo con siguiente programa: Presentación, por don Mauricio Echevarría; *El acceso a la verdad*, a cargo del doctor Eudaldo Forment; *Verdad y libertad*, a cargo del doctor fray Abelardo Lobato, O.P.

En el posterior diálogo abierto intervinieron muchos de los asistentes. Entre ellos se encontraban: don Rodrigo de la Cuadra, vicepresidente ejecutivo de la Universidad de Santo Tomás; doña Patricia Moya, profesora de la Universidad Austral; el padre Chamorro; el conocido filósofo doctor Fernando Moreno; el doctor Eloy Sardón, profesor del Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile; don Leonardo Bruna, don Juan Pablo Conejeros, de la Universidad Católica Blas Cañas; el doctor José García Patiño, O.P., prorector de la Universidad de Santo Tomás de Santiago; el padre Luis Rifo, de Concepción; don Patricio Lombardo; y don Francisco Sampetro.

Como colofón de estos actos, que fueron muy concurridos, especialmente por jóvenes, se constituyó formalmente la sección de la SITA de Chile. Al mediodía, tuvo lugar un almuerzo en el Centro Español de Santiago de Chile.

4. Universidad de Santo Tomás de Chile

El empresario chileno don Gerardo Rocha, discípulo del padre Lobato y presidente de la Corporación de Santo Tomás, está poniendo en marcha su proyecto de extender el tomismo, fundando Universidades de Santo Tomás y creando una Universidad Santo Tomás Internacional, que integre todas las demás. En Santiago de Chile, ha fundado la Universidad Santo Tomás, que tiene ya varios centros. El pasado día 12 de setiembre, al día siguiente de la fiesta nacional de Chile, con la presencia de las máximas autoridades civiles y religiosas de la nación, se inauguró otro moderno y amplio centro.

En uno de los actos de estos días de la inauguración y como homenaje al tomismo español, se otorgó al profesor Eudaldo Forment, invitado por esta Universidad, el título de Profesor Honorario de la Universidad Santo To-

más, de Santiago de Chile. En un acto oficial, su vicepresidente ejecutivo, don Rodrigo de la Cuadra, le entregó el correspondiente diploma acreditativo, de gran valor artístico, firmado por don Patricio Muñoz, secretario general, y don Fernando Monckeberg, rector de la Universidad.

En todos los actos cívicos y religiosos estuvo presente el padre Abelardo Lobato, O.P., a quien se había invitado especialmente, y que había venido a Chile desde Polonia, en donde, además de asistir al Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, había fundado una nueva sección de la SITA. También asistió el padre Aníbal E. Fosbery O.P., fundador y presidente de FASTA, que llegó de Buenos Aires.

La presencia dominicana en Santiago es muy notable. Es famosísimo el convento de la Recoleta, que tiene un hermoso claustro de estilo colonial, con un jardín donde crecen camelias y magnolios enormes. La capilla de la comunidad, presidida por la imagen barroca de la Virgen con el Niño, junto con otra de Santo Domingo, es de una gran belleza. Sin embargo, lo mejor es la iglesia de la Recoleta. Es un bello templo dominico rehecho varias veces. En 1771 se construyó el actual, neoclásico. Se terminó a principios del siglo XIX. De tipo basilical, con profundo presbiterio, sin cúpula por temor a los terremotos. Tiene fama de ser la iglesia más hermosa de todo el continente. Es una fiel imitación de la basílica de San Pablo de Roma. En fin, una joya de arte, con columnas de mármol traídas de Italia. Sólo falta terminar la restauración de la fachada.

5. Curso de filosofía tomista en FASTA

Durante los días 9 y 10 de septiembre, en los locales de la sede central de FASTA en Buenos Aires, tuvo lugar un curso intensivo de filosofía tomista sobre el tema «Metafísica de la persona», impartido por el profesor doctor Eudaldo Forment. Bajo la presidencia del doctor fray Aníbal E. Fosbery, O.P., presidente de FASTA y del profesor don Rodolfo Mendoza, coordinador académico, se dictaron las clases del curso, según el siguiente desarrollo temático: 1. El problema metafísico de la persona; 2. Teorías sobre el constitutivo formal; 3. La subsistencia y la incomunicabilidad; 4. El ser personal; 5. La vida personal; 6. Supremacía de la persona, imagen de Dios; 7. El amor personal; 8. La relación. La persona en Dios; 9. Conclusión del curso; y Preguntas al disertante.

La Fraternidad de Agrupaciones de Santo Tomás de Aquino (FASTA) es una asociación canónica privada de fieles, que tiene dos objetivos principales: realizar una tarea apostólica, especialmente entre la juventud y la fa-

milia, y orientar espiritualmente a sus miembros, según el carisma dominicano. Se nutre, por tanto, de la espiritualidad de la Orden dominicana fundando su doctrina en el Magisterio de la Iglesia y en la teología y filosofía de Santo Tomás. FASTA fue fundada en 1962, en Argentina, a partir de la Orden dominicana y bajo su amparo, por el fraile dominico doctor Aníbal Ernesto Fosbery, O.P.

Como ocurre con las obras de Dios en nuestro siglo, nacen de la nada pero se expanden rápidamente. En la actualidad cubre toda Argentina. Tiene centros en las ciudades de Mendoza, San Juan, San Luis, Tucumán, Córdoba, Rosario, Buenos Aires, Mar del Plata, Jujuy, San Martín de los Andes, Leonés, Libertador General San Martín, y San Carlos de Bariloche. También se ha expandido en países vecinos, como Uruguay, Chile, Perú, e incluso en los Estados Unidos. FASTA tiene trece colegios, tres residencias universitarias, dos casas de retiros espirituales, dos institutos, un centro de servicios educativos, una universidad y veintinueve casas (escuelas) de formación de niños. De las actividades de la asociación se benefician más de diez mil familias.

Más recientemente, en 1986, se creó la Fraternidad Apostólica Sacerdotal «Tomás de Aquino», que cuenta ya con varios sacerdotes, formados en el Seminario de la Fraternidad, y muchos más seminaristas. FASTA también está ya en España. Desde agosto de 1993, regenta dos colegios en Barcelona («Nuestra Señora de la Merced», en Badalona, y «Madre Sacramento», en San Justo Desvern). Su presidente es el ingeniero don Jorge Mario Parravicini; don Alejandro Meyniel, vicepresidente; y don Francisco Eyre, director de la Fundación FASTA.

Al curso de filosofía tomista, además de los seminaristas, sus formadores y los sacerdotes de la Fraternidad sacerdotal, que estaban en Buenos Aires, asistieron también varios laicos de la asociación y otras personas interesadas en la filosofía de Santo Tomás. Entre ellas pueden citarse: el Ilmo. Sr. D. José A. Gálvez, el Ilmo. Prof. Dr. D. Carlos Guillermo Voss, médico psiquiatra, decano de la Facultad de Psicología de la Universidad del Salvador; el Ilmo. Prof. Dr. D. Mario Caponnetto; la profesora doña Teresa María Velasco, de la Universidad Católica Argentina; Ilmo. Prof. Dr. D. Héctor Jorge Padrón, director del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y director del Programa de Antropología filosófica cristiana de la Universidad Santo Tomás de Mar del Plata y doña Zilka Fosbery. En estos mismos días de la celebración de este curso, al que asistieron también muchos jóvenes, se concedió al profesor Forment, a quien se presentó como discípulo del doctor Francisco Canals, y, por ello, del padre Orlandis, el título de

Ciudadano de Honor de FASTA, en una concurrida cena de agasajo, en la que estuvo presente el eminente filósofo argentino don Alberto Caturelli.

6. Conferencia en el Centro Educativo Catherina

En el salón de actos del Colegio FASTA Catherina, el día 9 de septiembre, se impartió por el profesor Forment la conferencia *El hombre ¿Clave de respuesta? Las antropologías actuales*, dirigida principalmente a intelectuales católicos, para mostrar la actualidad y necesidad de la doctrina del hombre de Santo Tomás. Este centro educativo es uno de los varios que tiene FASTA en Buenos Aires. Entre las personalidades asistentes a esta conferencia, que fue muy concurrida, se encontraban el doctor Aníbal E. Fosbery, O.P., presidente de FASTA, el profesor don Alberto Caturelli y su esposa doña Celia, el profesor doctor Héctor Jorge Padrón, el doctor José A. Gálvez, el doctor Carlos Guillermo Voss, el doctor fray Domingo Renaudiere de Paulis, O.P., el doctor Mario Caponnetto, el profesor doctor Mario Enrique Sacchi, el profesor don Rodolfo Mendoza, el doctor Alejandro Campos, doña Teresa María Velasco, doña Zilka Fosbery y doña Margarita Paz.

7. XXI Semana Tomista

Organizada por la Sociedad Tomista Argentina y dedicada al tema general «La Creación. La obra de Dios y la obra del hombre», se celebró, durante los días 10, 11, 12 y 13 de septiembre, la «XXI Semana Tomista», en el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina.

Presentaron las ponencias, ante un numeroso público, entre los que destacaban los muchos jóvenes, los siguientes expositores: Octavio N. Derisi; Marie-Dominique Philippe; Juan A. Casaubon; Alberto Caturelli; Gustavo E. Ponferrada; Eudaldo Forment; Elizabeth M. Stasi de Montes de Oca; Alain-Marie de Lassus; Guillermo Cambiaso; Patricio Cambiaso; Patricio Randle; Quintín Turiel; Julio R. Méndez; Guillermo A. Romero; María F. Balmaseda C.; Juan Carlos P. Ballesteros; Marcos González; Mirko Skarica; Brunero Gherardini; María L. Lukac de Ster; Héctor H. Hernández; Abelardo Lobato; José Luis Widow Lira; Alcides Ferrando; Laura Daus de Puyau; Carlos I. Massini Correas, Ignacio Andreggen; Juan José Sanguinetti; Juan Carlos Ossandón Valdés; María C. Donadío Maggi de G.; Brian Farrelly; Hermes Puyau y Mario E. Sacchi.

También se distribuyeron por escrito las siguientes

contribuciones: *La metafísica de Santo Tomás en el Nuevo Catecismo*, de Francisco Canals Vidal; *La causa formal de la creación*, de Jesús García López; *El lenguaje como hecho humano: el hombre y el verbo en Santo Tomás de Aquino*, de Pedro J. Moya Obradors; y «*Creatio ex nihilo*» en la *Summa Contra Gentes*, de Bernard Thomas Vinaty.

Durante estos mismos días aparecieron dos números extraordinarios de la prestigiosa revista tomista *Sapientia*, fundada en 1946, por el Excmo. Mons. Dr. Octavio Nicolás Derisi, con motivo de la celebración de su primer medio siglo de existencia. Como ha escrito el Dr. Mario Enrique Sacchi, vicedirector de la Revista: «Con motivo del acontecimiento mencionado, *Sapientia* pretende confirmar su fidelidad a los principios de la *philosophia perennis*, que han inspirado su fundación y la marcha posterior de sus ediciones, entendiendo que con ello habrá de perseverar en la dirección recomendada por el Magisterio de la Iglesia y asumida con fructíferos resultados por los mayores exponentes de la ciencia católica de nuestro tiempo». Este ilustre filósofo argentino acaba de publicar los siguientes libros sobre la doctrina de Santo Tomás: *La sed metafísica* (Buenos Aires, Basilea, 1996); *El espíritu filosófico y la exaltación de la verdad* (Buenos Aires, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, 1996); y *La epifanía objetiva del ser* (Buenos Aires, Basilea, 1996).

8. Coloquio sobre filosofía y Universidad

En Mar del Plata, en el aula magna de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Fraternidad de Agrupaciones Santo Tomás de Aquino, el 12 de septiembre, tuvo lugar una exposición e intercambio de ideas, dirigida por el doctor Forment, sobre el tema *La filosofía y la Universidad*. Abordó el análisis de la comunidad universitaria y sus fines generales y específicos. Hizo la presentación el Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Humanidades don Claudio Calabrese.

La Universidad FASTA, que desarrolla sus actividades académicas desde 1992, consta en estos momentos de las facultades de Ingeniería, Ciencias Económicas, Ciencias Jurídicas, Humanidades y Ciencias de la Salud. Ubicada su sede central en la ciudad de Mar del Plata, su subsede, creada en 1995, se encuentra en San Carlos de Bariloche.

Asistieron, además del Excmo. Sr. Rector de la Universidad FASTA, D. Juan Carlos Catalano; el Excmo Sr. Rector Héctor Partridge, de la Universidad Católica de Tucumán, D. Juan Carlos Barrera, representante le-

gal de la Universidad; la Secretaria General D^a Susana Sartor; el Secretario académico Dr. Silvano Abelardo; y los señores Decanos Dr. Juan Carlos Mena, decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales; D. Roberto Horacio, decano de la Facultad de Ciencias Económicas, y gran parte del profesorado de la Universidad FASTA.

9. Cátedra Magistral Juan Pablo II de la Universidad FASTA

Mar del Plata está en la parte más saliente en el Atlántico de Argentina. Al final de su puerto pesquero, deportivo y militar, y, como guardando su entrada y la de la ciudad, hay una enorme estatua del Sagrado Corazón de Jesús.

En esta bella ciudad turística, el día 13 de septiembre, en el ciclo «El Niño y la Paz» de la Cátedra Magistral Juan Pablo II, de la facultad de Humanidades de la Universidad FASTA, en Mar del Plata, el profesor Eudaldo Forment impartió la conferencia *Educación y familia. Educar en y para la libertad*. Antes había intervenido en un reportaje en directo en el Canal 2 de TV, organizado por doña Elida Orellano Vazquez de Turno, encargada de Difusión y Prensa de la Universidad. Al final del acto, que fue muy concurrido por numerosos estudiantes y muchos de sus familiares, el Sr. Decano Don Claudio César Calabrese, que lo había presidido, leyó la resolución del Rectorado por la que se confería al conferenciante la distinción académica de Profesor Extraordinario honorario de la Universidad FASTA. Con ello, una vez más, la Universidad reafirmaba su compromiso con el tomismo y su interés por conocer y mantener relaciones con la «Escuela Tomista de Barcelona».

* * *

Esta presencia sudamericana de Santo Tomás de Aquino en la América cercana al polo sur, que he podido vivir durante unos días de septiembre, confirma la observación citada de monseñor Piolanti. Es innegable, como también señala el ilustre y activo tomista, en el mismo texto citado más arriba, que: «No es por convención, ni en virtud de un prejuicio, sino por una exigencia de la mente humana, el que se vuelva al Aquinatense en todas las ocasiones históricas en las que se quiera decir algo seguro y duradero sobre los problemas teológicos y filosóficos que apremian al espíritu humano en todas las etapas de su pensamiento».

La metafísica de Santo Tomás en el nuevo Catecismo

Francisco Canals Vidal

A título informativo, ofrezco a los lectores el texto de una comunicación enviada a la XXI Semana de la Sociedad Tomista Argentina (Buenos Aires, septiembre de 1996), referente a la inclusión en alguna nota del nuevo Catecismo de una de las «veinticuatro tesis tomistas».

Las «veinticuatro tesis», fueron aprobadas como «principios y enunciados mayores del Doctor Angélico», y como conteniendo «doctrina auténtica de Santo Tomás», y «seguras normas directivas», en documentos interpretativos de un precepto disciplinar sobre la enseñanza filosófica católica en 1914 y 1916.

Dada la brevedad de la comunicación, conviene añadirle una advertencia previa aclaratoria: los textos citados en las notas de un documento doctrinal mantienen sólo la autoridad y valor que tienen en sí mismos, y no participan, por el hecho de ser así citados, del mismo carácter del propio documento al que se añaden como notas. Pero que hayan sido citadas —probablemente por primera vez en un documento doctrinal— en el nuevo Catecismo, resulta muy significativo, precisamente porque su redacción y aprobación se dirigieron a delimitar y distinguir la síntesis metafísica tomista, respecto de doctrinas opuestas enseñadas por otros autores escolásticos.

* * *

Desde hace ya más de ochenta años, las «veinticuatro tesis tomistas» han sido reiteradamente calificadas como doctrinas filosóficas opinables, que no podía nadie exigir que pudiesen imponerse, como principios ciertos, a un asentimiento especulativo obligatorio en la enseñanza filosófica católica. Declaradas por la Congregación de Estudios, en 27 de julio de 1914, en los últimos tiempos de Pío X, como «principios y enunciados mayores del Doctor Angélico», una nueva respuesta de la Congregación que tomó el nombre de Seminarios y Universidades, ya en tiempo de Benedicto XV, en 7 de marzo de 1916, reafirmaba que contenían doctrina auténtica de Santo Tomás y que tenían que ser propuestas como «seguras normas directivas».¹

Aprobando una carta del General de la Compañía de Jesús, Benedicto XV afirmaba, en 19 de marzo de 1917,

que el contenido de las tesis pertenecía a aquellas posiciones «de las que se suele y se puede disputar entre los autores católicos». Una serie de alocuciones o cartas pontificias reiteraron este, diríamos, «estatuto» de opiniones libres en la enseñanza filosófica católica.²

La promulgación, en 11 de octubre de 1992, por el Papa Juan Pablo II, del nuevo *Catecismo de la Iglesia católica*, nos pone ante un hecho que no puede ser ignorado en la reflexión sobre las conexiones entre el misterio revelado y sus formulaciones dogmáticas, y las verdades racionales filosóficas, en especial en el campo metafísico.

Hallamos en este nuevo catecismo, en su número 318:

Ninguna criatura tiene el poder infinito que es necesario para crear en el sentido propio de la palabra, es decir, para producir y dar el ser al que no lo tenía (llamar del no ser a la existencia).³

A este texto se le pone una nota que refiere a DS 3624, es decir, a la tesis vigésima cuarta de las aludidas veinticuatro tesis. Es decir, a una afirmación equivalente a lo que profesamos creer acerca de que Dios es «Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles», se le conxiona, en la anotación, con puntos de la «tesis» veinticuatro, que son obviamente enunciados metafísicos.

Nos permitirá advertir el significado de esto la atención a un texto de Santo Tomás, en el que trata también del aspecto «dogmático», y de la explicación metafísica de la doctrina según la cual la potencia creadora es propia de Dios solo y no comunicable a criatura alguna:

Dios creó inmediatamente todas las sustancias espirituales y corporales, y hay que juzgar como herético pensar que algo es creado por un ángel o por alguna otra criatura; por lo cual el Damasceno dice (lib. II sobre la fe ortodoxa, C. II): «Quien dijese que el Ángel ha creado algo, sea anatema».

Sin embargo, algunos tratadistas católicos dijeron que,

(2) Acta Romana S.I. 9 (1917) 318 ss. Véase también Pío XI: *Studiorum Duceum* (29-VI-1923) DS. núm. 3666-3667. Pío XII: Alocución a los alumnos de los seminarios y universidades romanas (24-VI-1939) AAS 31, 1939, 246. Alocución a los miembros de la universidad gregoriana en ocasión de su cuarto centenario (17-X-1953). AAS 45, 1953, 684-686.

(3) *Catecismo de la Iglesia católica*, promulgado por Juan Pablo II en 11 de octubre de 1992, en el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II (núm 318).

1. Véase AAS 6 (1914) 384 ss. AAS 8 (1916) 157.

aunque ninguna criatura tiene poder para crear algo, se le puede comunicar que por su ministerio Dios cree algo. Y esto lo afirma el Maestro (Pedro Lombardo) en 5 dist., IV del Libro de las Sentencias. Pero otros, por el contrario, dicen que en modo alguno puede comunicarse a la criatura el que cree algo; lo cual también es más comúnmente sostenido.⁴

Pero la doctrina contradictoriamente opuesta a la que Santo Tomás refiere como más común, no sólo la había admitido él mismo en obras anteriores, sino que posteriormente fue de nuevo afirmada por otros autores.⁵

Tenemos, pues, que la anotación puesta en el número 318 del nuevo Catecismo sugiere como explicación complementaria de su enseñanza sobre la potencia creadora una doctrina metafísica ciertamente «más común», pero que no deja de ser discutida por diversos autores escolásticos.

Antes, en el contexto del epígrafe titulado «La providencia y las causas segundas», en su número 308, hallamos también:

Es una verdad inseparable de fe en Dios creador: Dios obra en todas las operaciones de sus criaturas. Es la causa primera que obra en y por medio de las causas segundas.⁶

Es obvio que la afirmación contenida en este número 308, precisamente porque es calificada como «verdad inseparable de la fe en Dios creador», es una proposición de orden racional y metafísico. En otro caso se enunciaría en el Catecismo, no como inseparable de un misterio revelado, sino como perteneciente al mismo.

En mi opinión, es una formulación equivalente al punto tercero de los contenidos en la tesis número veinticuatro de las «tesis tomistas».

Me parece importante advertir que los tres puntos que se incluyen en la mencionada tesis son expresamente presentados como inferencias de la caracterización de la trascendencia y distinción de Dios respecto de las criaturas por la «pureza de su ser», es decir, por la identidad de la esencia divina con el acto puro de «ser» previamente afirmada en la tesis anterior. Leamos, pues, en su continuidad, una y otra tesis:

La esencia divina se nos propone adecuadamente en su concepto metafísico, como identificada con la actualidad ejercida del mismo ser, o en cuanto es el Ser mismo

subsistente, y así se nos da razón de su infinitud en la perfección.

Por la misma pureza de su ser, se distingue Dios de todas las cosas finitas. De donde se infiere, en primer lugar, que el mundo no pudo proceder más que de Dios por creación; en segundo lugar, que a ninguna naturaleza finita puede serle comunicada, ni por milagro, la virtud de crear, por la cual se produce el ser del efecto en cuanto a toda su entidad; por último, que ningún agente creado puede influir en el ser de ningún efecto, sin haber recibido previamente la moción de la Causa primera.⁷

Es ineludible pues que reafirmemos de nuevo la doctrina tradicional sobre la autoridad del Magisterio de la Iglesia, para dirimir cuestiones disputadas. Advertía Pío XII en su encíclica *Humani generis*:

«Si los sumos Pontífices en sus actos, tratando expresamente sobre una cuestión hasta entonces controvertida, pronuncian su sentencia, es patente para todos que aquella cuestión, según la mente y la voluntad de los mismos pontífices, ya no puede ser tenida como de libre discusión entre los católicos».⁸

Para ello parece oportuna una renovada consideración acerca de lo que ha significado en nuestro siglo la recomendación pontificia de la filosofía del Doctor Angélico, y la aprobación de la seguridad doctrinal y la autenticidad tomista de las célebres «veinticuatro tesis».

Las «veinticuatro tesis tomistas» fueron aprobadas por la Sagrada Congregación de Estudios, durante el pontificado de San Pío X, en respuesta a una consulta dirigida por algunos profesores, que las enseñaban como doctrina de Santo Tomás en sus aulas, y deseaban obtener una garantía auténtica de su fidelidad al Doctor Angélico:

Después que nuestro Santísimo Señor el Papa Pío X, por el Motu proprio *Doctoris Angelici*, de 29 de junio de 1914, prescribió saludablemente que en todas las escuelas de filosofía se mantuviesen los principios y enunciados mayores de Tomás de Aquino, algunos maestros de diversos Institutos propusieron, para ser examinadas, a esta Sagrada Congregación de Estudios, algunas tesis que ellos mismos acostumbraban a enseñar y defender como fieles a los principios capitales del santo Doctor, en especial en las cuestiones metafísicas.

Esta Sagrada Congregación, habiendo examinado debidamente dichas tesis, y habiéndolas presentado al Santísimo Señor, responde, por mandato de Su Santidad misma, que ellas contienen claramente los principios y enunciados mayores del santo Doctor.⁹

4. Santo Tomás Pot. q. 3, a. 4.; 2 CG 20a; Sth. 1 q. 45 a. 5. También Scoto profesa lo mismo.

5. Véase I. F. Sagüés en *Sacrae Theologiae Summa*. Madrid, 1952. Vol. II. *De Deo Creante et elevante*. Nº 95. Pág. 488

6. Sobre la terminología utilizada en el número 308: «Causa primera que obra en y por medio de las causas segundas». Cf. Santo Tomás: Pot. III, art. 7º, in.c.; S. th. I, art. 105,5 en relación con Suárez: Opusc. I *De concursu*, l. 1º, c. 15, n. 7.

7. DS 3623-3624. (Tesis 23-24). Véase también Tesis 3 (DS 3603) y *Catecismo*, núm. 213.

8. Pío XII *Humani Generis* (12-VIII-1950) Ds 3885. AAS 42 (1950) 561 ss.

9. Pío X. Decreto de la Sagrada Congregación de Estudios de 27 de julio de 1914. AAS 6 (1914) 384.

La consulta elevada a la Congregación de Estudios buscaba la interpretación auténtica de las directivas dadas por el Papa San Pío X sobre la enseñanza filosófica en las escuelas católicas. En su encíclica condenatoria del modernismo, *Pascendi*, de 8 de septiembre de 1907, había advertido:

Queremos que los que enseñan estén firmemente advertidos de que, el apartarse del Doctor de Aquino, principalmente en las cuestiones metafísicas, no se hará esto nunca sin grave detrimento.¹⁰

Como criterio práctico de aplicación de aquella norma, en sus letras apostólicas *Sacrorum Antistitum*, de 1 de septiembre de 1910, establecía:

Queremos y ordenamos expresamente que la Filosofía escolástica sea establecida como fundamento de los estudios sagrados... y, lo que es capital, la Filosofía Escolástica que sea seguida, sea principalmente la enseñada por Santo Tomás de Aquino.¹¹

Pocos años después, en el *Motu proprio* de 29 de junio de 1914 *Doctoris Angelici*, el santo pontífice se expresaba con enérgica claridad:

Habiendo Nos dicho que la filosofía de Santo Tomás se había de seguir principalmente, y no habiendo escrito la palabra únicamente, algunos han creído que se conformaban con Nuestra voluntad, o que al menos no se oponían a ella, si en las materias enseñadas en filosofía por cualquiera de los doctores escolásticos, aunque sus enseñanzas se contrapusieran a los principios de Santo Tomás, optaban indistintamente por ellas.

Pero grandemente les ha engañado su parecer. Porque es claro que al proponer a Santo Tomás como principal guía de la filosofía escolástica, queríamos entender esto sobre todo de los principios del Santo en cuyos fundamentos descansa toda su filosofía.

Lo que en la filosofía de Santo Tomás es capital no ha de ser tenido entre las opiniones sobre las que es lícito disputar en sentidos opuestos, sino que debe ser considerado como los fundamentos en que se apoya toda la ciencia de las cosas naturales y divinas.

Una vez conmovidos o de algún modo pervertidos tales fundamentos, se sigue necesariamente que los alumnos de las disciplinas sagradas ni siquiera entiendan el significado de las palabras por las que el Magisterio de la Iglesia propone los dogmas revelados por Dios.

De aquí que quisiésemos que todos los que se dedican al estudio de la filosofía o de la teología estuviesen advertidos de que al apartarse de Santo Tomás especialmente en las cuestiones metafísicas no se hará nunca sin grave detrimento. Y ahora declaramos esto que no sólo no si-

guen a Santo Tomás, sino que se apartan lejos de él los que interpretan perversamente o desprecian absolutamente aquellos puntos que en su filosofía son principios y enunciados mayores.¹²

Si la atención a los documentos de San Pío X encuadra adecuadamente el sentido de la aprobación de las tesis tomistas, conviene también advertir a la concreta dimensión histórica del problema, lo que nos permitirá comprender la actitud vital de quienes solicitaron de la Santa Sede su aprobación.

Las veinticuatro tesis habían sido redactadas por profesores de la Compañía de Jesús. Su contenido doctrinal, predominantemente dirigido a discernir la síntesis metafísica tomista respecto del sistema característico del influyente Doctor Eximio, Francisco Suárez, se explica precisamente por la necesidad en que estaban de apoyarse en la autoridad pontificia para que se pudiese obtener una real libertad para el tomismo en las escuelas de la Compañía de Jesús.¹³

Algunos años después de la *Aeterni Patris* de León XIII de 4 de agosto de 1879,¹⁴ la Congregación General XXIII, del año 1883, después de profesar, en su Decreto número 15, su adhesión a la directiva pontificia, advertía, en su número 18, «para favorecer la unión y concordia de los ánimos», que los profesores de filosofía y teología «evitasen una confianza excesiva en su propio juicio, y no enseñasen temerariamente como verdadera y legítima doctrina de Santo Tomás interpretaciones nuevas y puramente subjetivas». Con este objeto se prescribía:

Tengan todos en gran estima y consulten con diligencia aquellos eximios y aprobados doctores de la Compañía, cuya alabanza está en la Iglesia; que han merecido ser recomendados por los pontífices romanos, y por hombres de gran erudición como discípulos de Santo Tomás, muy fieles a este maestro, como sus sabios intérpretes y aún como lumbreras de la Santa Iglesia.¹⁵

Al aludir a los «eximios doctores», el intento del decreto era evidentemente mantener la vigencia de la tradición escolástica característica de la Compañía de

10. Pío X. Encíclica *Pascendi*, 8 de septiembre de 1907. ASS. 40 (1908), pp. 596 ss.

11. Pío X. *Sacrorum Antistitum*, 1 de septiembre de 1910. AAS. 2 (1.910) 656-657.

12. *Motu proprio Doctoris Angelici* de 29 de junio de 1914. AAS. 6 (1.914).

13. Véase el artículo de Eudaldo Forment: «La redacción de las XXIV tesis tomistas» (*Cristiandad*, Barcelona, núm. 773, enero de 1995, pp. 19-22). En este artículo se da referencia acerca de una tesis doctoral de Enrique Miguel Aguayo, titulada *Génesis histórica de las XXIV tesis tomistas*, presentada a la Universidad de Navarra (Pamplona) en 1990.

14. León XIII. Encíclica *Aeterni Patris*, de 4 de agosto de 1879. ASS. 11 (1878-1879) 98 ss.

15. Véase el art. «Jesuites» en *DThCath*, París 1924. Tomo VIII, 1ª parte, col. 1038.

Jesús, y particularmente de Francisco Suárez, presentándolo como un discípulo y comentador eximio de Santo Tomás de Aquino, el Doctor propio de la Compañía de Jesús.

Esto explica la intención del Papa León XIII, que en sus Letras Apostólicas de 30 de diciembre de 1892, *Gravissime Nos*, «por las que se confirman las constituciones de la Compañía de Jesús acerca de la profesión de la doctrina de Santo Tomás de Aquino», establecía:

No es nuestro intento disminuir los méritos de los preclaros escritores que han surgido en la Compañía a lo largo de los siglos... Pero hay que precaverse de que el prestigio del que gozan tan eximios autores, y la misma atención con que se estudien sus escritos, sean más que ayuda que contribuya debidamente al cultivo de la verdadera doctrina de Santo Tomás, un obstáculo a la uniformidad de la doctrina; pues esta uniformidad en modo alguno ha de esperarse a no ser que los discípulos de la Compañía se adhieran a un autor único, aquel que ha sido ya probado, y únicamente acerca del cual está mandado: que sigan a Santo Tomás y le tengan como su Doctor propio.¹⁶

Para los profesores jesuitas que se dirigieron a la Santa Sede buscando la confirmación de la autenticidad tomista de sus enseñanzas, se trataba, pues, de obtener además el reconocimiento oficial de que sus orientaciones correspondían al carisma de su fundador San Ignacio de Loyola, y a las directivas pontificias sobre la enseñanza teológica y filosófica en la Iglesia, y específicamente en la Compañía de Jesús.¹⁷

La evolución ulterior no respondió totalmente a su intento. Después de algunas décadas, hay que reconocer que la insistencia en la libertad de las diversas corrientes escolásticas no ha contribuido, de hecho, ni a la conservación de la escuela «suarista», ni a la efectiva vigencia de la autoridad de la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

La enseñanza filosófica y teológica tomó en estos últimos tiempos caminos extraviados fuera de las tradiciones de la que Pío XII llamaba «filosofía recibida y aprobada en la Iglesia».

Ha de verse como un acontecimiento providencial la inserción en el Catecismo de estos dos textos meta-

16. Véase sobre las letras apostólicas del Papa León XIII *Gravissime Nos* de 30-XII-1892, el documentado estudio de Bertrand de Margerie, S.I.: «Saint Thomas d'Aquin, Docteur propre de la Compagnie de Jésus», en *Doctor Communis*, núm. 45, 1992.

17. De aquí la orientación monográficamente «antisuarista» de las «veinticuatro tesis». Cf. Alonso Getino, O.P., «El Centenario de Suárez» en *La ciencia tomista*, IX-XV (enero-junio de 1947), pp 381-390. En este artículo se contienen las veinticuatro tesis del Doctor Eximio Francisco Suárez opuestas a las de Santo Tomás, que fueron elaboradas por un ilustre profesor jesuita anónimo.

físicos correspondientes al contenido del segundo y tercer punto de la tesis vigésima cuarta de las que habían sido aprobadas en 1914 como integradas en los «principios y enunciados mayores» de la filosofía del Doctor Angélico.

No son estos los únicos puntos filosóficos, conexos con la fe y su formulación dogmática, que se incluyen en el texto del nuevo catecismo. Hemos querido llamar la atención sobre los puntos de la incomunicabilidad de la causalidad creadora, y sobre la necesidad de la «promoción» en las operaciones de las criaturas, precisamente por tratarse de tesis doctrinales que durante siglos habían sido disputadas desde posiciones opuestas entre los grandes doctores escolásticos.

Si durante estos últimos ochenta años el respeto a la autoridad jerárquica imponía a los mismos tomistas el reconocimiento de la legitimidad de aquel estatuto de cuestiones opinables, parece claro que hoy, dada la autoridad especial del texto catequístico pontificio, las doctrinas metafísicas de Santo Tomás expresamente afirmadas en el nuevo Catecismo no pueden ya ser consideradas sólo como «normas directivas seguras». Es claro que han de ser contadas entre aquellas «verdades naturales coherentes con la doctrina católica» de las que se distinguen las opiniones diversas y opuestas de las escuelas.

Este hecho es de importancia capital, por cuanto manifiesta espléndidamente la autoridad del Magisterio Eclesiástico, no sólo sobre el contenido mismo del misterio revelado, sino también sobre aquellas verdades, incluso de carácter filosófico, que dicen conexión necesaria con el misterio mismo y su formulación dogmática.

Recordemos unas palabras de Pío XII, en su alocución de 17 de octubre de 1953, dirigida precisamente a mantener la trascendencia y heterogeneidad de lo cierto sobre lo opinable y discutible:

No se mezele indistintamente la doctrina católica y las verdades naturales coherentes con ella y reconocidas por todos los católicos, con los esfuerzos de los eruditos para explicarlas, ni tampoco con los elementos propios y los conceptos peculiares, por los que se diferencian entre sí los varios sistemas filosóficos y teológicos que se encuentran en la Iglesia.¹⁸

Las tesis filosóficas afirmadas en el Catecismo tendrán hoy que ser vistas como verdades naturales esencialmente coherentes con la doctrina católica, no confundibles con opiniones de escuela.

18. Pío XII. Alocución a los miembros de la Universidad Gregoriana en su cuarto centenario, 17 de octubre de 1953. ASS 6 (1914) 384 ss.

José María Quadrado en la defensa de la unidad católica

Santiago M^a Amer

Se cumplió el pasado 7 de julio el centenario de la muerte de este ilustre personaje, que tan destacado lugar ocupa entre los acontecimientos de nuestro siglo XIX. Perteneciente a esa generación que dio amplios frutos en todas las ramas del saber, que vivió una profunda piedad y enseñó igualmente a vivirla, intervino también en la vida pública cuando lo creyó necesario en conciencia. Su figura ha quedado unida a la del sacerdote y filósofo Jaime Balmes en los intentos de ambos, nobles y desinteresados, para lograr la pacificación tras las primeras guerras civiles con el entronque dinástico que salvaba principios y legitimidades. En sus escritos de esta época puede observarse su línea característica: moderación, aceptación de lo bueno y lícito que se halle en cualquier campo y defensa de los derechos de la Iglesia y de los católicos.

Fracasado el programa de los llamados *vilumistas* (por el marqués de Viluma), determina Quadrado separarse «completamente de la política durante muchos años».¹ Su producción religiosa, aún admirada y seguida, historiográfica y crítica, de obligada cita en la actualidad, se desarrolla a lo largo de este período. Vuelve a la palestra por un único motivo, como refiere él mismo: «la subida de los progresistas al poder, acompañada de conflictos religiosos según costumbre, no tardó a ponerme la pluma en la mano, sometiendo por primera vez a tela de juicio en 1855 la tradicional unidad religiosa, cuya defensa hube de repetir con brío más adelante en dos diversas y solemnes ocasiones...» (1869 y 1876).² Fijémonos en las características de esas campañas, en un primer momento locales y después generales con la Asociación de Católicos, iniciativa de destacados elementos vilumistas.

En el proyecto constitucional alumbrado durante el Bienio progresista, se prepara por primera vez en una de las bases, con ambiguas fórmulas, el camino a la libertad de cultos. Naturalmente se presentaba como cuestión de tolerancia individual: «Ningún español ni extranjero podrá ser perseguido civilmente...». Responde Quadrado: «Y quién lo ha sido, preguntamos... [desde

los últimos años de la monarquía absoluta? á quién se ha formado proceso en el tribunal civil por incrédulo ó por hereje? á quién se ha castigado por dejar de cumplir con los preceptos religiosos? cuándo se ha prohibido á protestante, judío, ó mahometano, residir...» Para concluir con una distinción que nos interesa especialmente: «En la libertad religiosa, tal como la tenemos, no cabe un grado más sin llegar a la libertad de cultos».³ Es decir, asienta la diferencia entre ambos conceptos. Ya anteriormente había utilizado la expresión que en el futuro usará el Concilio Vaticano II al comentar la Revolución francesa de 1848, y el hecho de que en aquellos transtornos no se persiguiera a la Iglesia, no se atentara a la libertad religiosa.⁴ La libertad religiosa consiste para él en la libertad de profesar y practicar la verdadera religión, sin coacciones desde el poder, con la consiguiente facultad de buscarla, obligación moral, como nos ha recordado el último Concilio.⁵ La libertad de cultos, por la que el Estado considera por igual los distintos cultos o religiones positivas, exige una previa y real pluralidad de confesiones religiosas. «Si el indiferentismo necesitara templos, ó el deísmo ritos, ó la incredulidad altares, comprendemos que para unos pocos españoles pudiese... pedirse libertad de cultos... La libertad de cultos establecida á priori es un absurdo que solo puede explicarse por un absoluto indiferentismo».⁶

Las tres campañas se organizaron de forma parecida con algunas diferencias. Se trataba básicamente de la recogida de firmas entre los miembros del cuerpo electoral, aunque a veces se admitieron las de los hijos mayores que residían en la familia y no habían alcanzado aún la edad necesaria para el sufragio. No firmaban sacerdotes, puesto que se hallaban representados por las exposiciones de la Jerarquía, y también para que no se les acusase en ningún sentido y resultara una auténtica representación de la opinión seglar. La exposición consistía en un breve texto en que figuraba sucintamente el objeto de la misma, invocando en 1855 el famoso artículo confesional de la Constitución de 1812, y en 1869 el Concordato de 1851, mientras que en 1876 no hay citas

1. Quadrado, José María: *Ensayos religiosos, políticos y literarios*, Palma de Mallorca, Amengual y Muntaner, 1894, v. II, p. 298.

2. OC, v. III, p. IV.

3. Ib., p. 217.

4. Ib. p. 45.

5. Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis Humanae*, 1.

6. Quadrado, OC, v. III, p. 221.

expresas de documento legislativo, jurídico o canónico alguno, sino sólo reflexiones de carácter general.⁷

El elenco de firmas constituye un verdadero plebiscito en cuanto a clases sociales, profesiones, medio rural y urbano, etc. Tal vez lo más sorprendente sea la variedad de opiniones políticas reflejadas, particularmente en la de 1855: «... tantos progresistas, y más avanzados aun, que no creían progresar con la malhadada libertad de cultos, tantos conservadores que no se juzgaban en el deber de conservar las decantadas conquistas revolucionarias!».⁸ Así lo demuestra un personaje políticamente en el progresismo en aquella época, aunque ya avanzaba hacia el republicanismo y que se había dado a conocer anteriormente como socialista utópico. Era el franciscano exclaustro Jerónimo Bibiloni Llaneres, quien expresará sus quejas sobre la cuestión religiosa en términos parecidos después de la revolución de 1868, ya prácticamente en el campo republicano.⁹ También en las discusiones en algunas Constituyentes sobresalieron personalidades que, sobreponiéndose al espíritu de su propio partido, defendieron sus creencias. Quadrado cita a algunos progresistas como los señores Luzuriaga y Jaén. Por ello afirma que se trata de una lucha a cargo de «corazones rectos», de «caracteres libres é independientes» y que «la causa de la la religión es también ahora en España la causa de la libertad».¹⁰

No podemos terminar nuestro breve repaso de estas campañas en que brilla un admirable civismo, sin presentar otra prueba de la más exquisita justicia y caridad. Dice al presentar la exposición de 1876, refiriéndose a

las anteriores: «Á los que hayan cambiado de convicción, respetémoslos como hombres y compadezcámoslos como cristianos».¹¹ Al culminar todo en la Constitución de 1876, expresa cómo se siente ante el deber cumplido y con ayuda de una breve narración exhorta a trabajar para que la unidad católica sea algo merecido que poseamos de hecho, sin duda la mejor de las situaciones.¹²

Frente a fórmulas constitucionales ambiguas, que trascienden «tendencias máy graves y alarmantes» en palabras de nuestro autor,¹³ supo él junto con su generación actuar de manera decidida, responsable y pacífica, con verdadera ayuda a la auténtica convivencia. La redacción del artículo 16 de la Constitución vigente (1978) no parece que sea más clara ni más afortunada. Los católicos podemos, no obstante, exigir en cualquier situación que se respeten nuestras conciencias y que se respeten objetivamente los contenidos de nuestra fe, puesto que si nadie debe ser coaccionado en modo alguno para profesarla o practicarla, es un deber de justicia no falsificar sus contenidos teóricos como los de cualquier otra información. El derecho a la verdad reviste especial significación en el campo religioso.¹⁴ Para expresarnos con las palabras de uno de nuestros colaboradores: «En nombre de la libertad religiosa, los católicos tenemos derecho a vivir en la sociedad civil según las normas de la fe cristiana»,¹⁵ y con el ejemplo de Quadrado, recogemos el derecho a manifestarlo y procurarlo por todos los cauces, legales y pacíficos, adecuados a la fe católica y a la prudencia y caridad cristianas.

7. Vid. en la misma obra, pp. 223-25, 240 y 246-247.

8. Ib. ps. 244-245

9. Ferrer Flórez, Miguel: *Socialismo y utopía en Mallorca. Jeroni Bibiloni (1802-1876)*, Palma de Mallorca, Lleonard Muntaner, 1996, p. 35.

10. Quadrado, OC, v. III, p. 238.

11. Ib. p. 245.

12. Ib. p. 255.

13. Ib. p. 235.

14. Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis Humanae*. Cf. núms 1, 7 y en general.

15. Azcoaga Bengoechea, Ignacio: «La unidad entre los Concilios Vaticano I y Vaticano II», *Cristiandad*, núms 656-657, noviembre-diciembre de 1985.

PALABRAS DE PÍO XII SOBRE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio mismo, lo que ha vuesto a hallar, mas con qué atractivo, con qué frescor. «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos.» No os apoyéis, pues, en la fuerza, el dinero, la inteligencia y todos los demás recursos humanos. Buscad lo único necesario. Aceptad el yugo del Señor, suave y ligero, reconoced su soberano dominio sobre vuestras personas, vuestras familias, vuestras sociedades, vuestras naciones.

(Radiomensaje de 11 de julio de 1954)

Beatificación de los mártires de la Iglesia uniata de Podlasia

Jorge Soley Climent

Los nombres de Wicenty Lewoniuk y sus doce compañeros, mártires de Podlasia, resultarán desconocidos para un gran número de nuestros lectores. Sin embargo, el pasado 6 de octubre fueron beatificados, presentándose ante nosotros como modelo de vida cristiana, una vida que entregaron por la fe y la unidad de la Iglesia.

Los mártires pertenecían a la Iglesia uniata,¹ surgida de la Unión de Brest en 1596, que llevó a la unidad, en la Polonia de aquellos tiempos, de la Iglesia ortodoxa rutena, que comprendía a la población rutena de Galitzia, Podolia, Wolynia y Ucrania y a los rusos que vivían en el Gran Principado de Lituania, con la Iglesia católica y con el Papa. Esta unión había sido preparada doctrinalmente desde 1577, cuando el jesuita Pedro Skarga publicó su libro *Sobre el gobierno y unidad de la Iglesia de Dios debajo de un solo Pastor y sobre el cisma griego*. La rápida renovación y florecimiento de la Iglesia católica tras el Concilio de Trento, en agudo contraste con la crisis en que se hallaba sumida la Iglesia griega, bajo dominación turca, hicieron que los obispos y el metropolitano de Kiev, Miguel Rahoza, decidieran, por la salvación de las almas a ellos confiadas, prometer obediencia al Papa de Roma. Esta unión se hacía manteniendo el principio del Concilio de Florencia: unidad de la fe sin menoscabo de la diversidad del rito. De esta forma se renunciaba al cisma y a las doctrinas condenadas por la Iglesia católica, al tiempo que se mantenía invariada la administración de los santos sacramentos y todo el rito ruteno. También renunció Clemente VIII a la aceptación del Calendario Gregoriano para así evitar resistencias a la unión.

El 23 de diciembre de 1595, los obispos rutenos Terlecki y Pocij, enviados a Roma en representación de toda la Iglesia rutena, prestaron acatamiento al Papa. Luego, el canónigo de Vilna, Eustaquio Wollowicz, leyó, primero en lengua rutena, luego en lengua latina, la carta sinodal dirigida al Papa y firmada por todos los obispos. Una separación que había durado 150 años se cerraba con la vuelta a la madre de todas las Iglesias, la santa Iglesia romana. Las resistencias por parte de algunos cismáticos, bajo la dirección del príncipe Ostrogski, y con el apoyo de protestantes, no pudieron evitar que se reuniera el Sínodo en la localidad de Brest en el que se declaró la adhesión a Roma.

1. Cf. *L'Osservatore Romano*, núm. 40, de 4 de octubre de 1996 y Ludovico Pastor, *Historia de los Papas*, vol. XXIV, Barcelona, Gustavo Gili, 1941.

Posteriormente la mayor parte de los territorios de la Iglesia rutena, ahora ya en comunión con Roma y conocida por el nombre de uniata, pasaron a ser dominados por Rusia.

El poder ruso nunca vio con buenos ojos esta unión, consciente de que no podía manejar a la Iglesia uniata del mismo modo que lo hacía con la ortodoxa. La persecución rusa comenzó con Catalina II, quien en el año 1794 abolió la Iglesia uniata en Ucrania. En el año 1839, el zar Nicolás I la suprimió oficialmente en Bielorrusia y Lituania. La Iglesia uniata quedó reducida a una sola diócesis, Chelm, dentro de territorio polaco que finalmente sería abolida por Alejandro II.

Enero de 1874 era la fecha en la que entraba en vigor la liturgia ortodoxa en las iglesias uniatas, signo de su integración en la Iglesia ortodoxa rusa. Los obispos y sacerdotes uniatas que no aceptaron unos cambios impuestos por el gobierno que implicaban la ruptura con Roma fueron destituidos, encarcelados y deportados a Siberia. Los laicos, privados de sus pastores, defendieron ellos solos su iglesia, su liturgia y la unidad con el Santo Padre.

El 24 de enero de 1874 llegaron las tropas a Pratulina. Los uniatas eran conscientes de que su vida estaba en peligro, pero, vestidos con sus mejores ropas, se encaminaron al templo, dispuestos a defenderlo a cualquier precio. Tras los infructuosos intentos del comandante de las tropas rusas para que abandonasen la iglesia, bien con amenazas, bien con halagos y promesas, éste dio orden de disparar. Los uniatas se arrodillaron, y entre cantos y oraciones, sin imprecicar contra sus seguidores, dieron la vida por la fe. Wicenty Lewoniuk, de 25 años, casado, fue el primero en morir. Daniel Karmasz, de 48 años, casado, portaba la cruz que aún se conserva en Pratulina. Anicet Hryciuk, de 19 años, soltero, al llevar comida a los defensores de la iglesia dijo a su madre: "quizá sea yo también digno de dar la vida por la fe"; fue asesinado en el templo. Sus restantes compañeros estaban entre los 22 y los 50 años, casados en su gran parte y con hijos; eran gente sencilla, campesinos en su mayoría, de una fe profunda y consecuente.

Este martirio no fue un hecho aislado, sino que se fue repitiendo a lo largo de todas las parroquias uniatas de Podlasia. Su testimonio y el de toda la Iglesia uniata, olvidada a menudo, nos muestra el único camino para un verdadero ecumenismo con las iglesias ortodoxas: la fidelidad a Cristo y a su Iglesia por encima de cualquier otra consideración.

IN MEMORIAM

PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA

Plinio Corrêa de Oliveira vio la luz de este mundo en Sao Paulo (Brasil) en diciembre de 1908, de padres cristianísimos, cuyos ejemplos, sobre todo el de su madre Lucilia, ejercieron un influjo extraordinario sobre Plinio.

Alumno de los jesuitas en Sao Paulo, pronto formó en las filas de las asociaciones de piedad y apostolado, que en la primera mitad del presente siglo tuvieron tanta vitalidad en tierras americanas, lo mismo que en nuestra España: las Congregaciones Marianas y la Acción Católica.

Enrolado ya en ese campo, le fue fácil dar el paso a actividades en consonancia con las cualidades de que Dios le había dotado. Por eso, se le ve enseguida participar como candidato en la Liga Electoral Católica a la Asamblea Federal Constituyente, organizar y dirigir la publicación semanal «Legionario», que llegaría a ser el órgano oficioso de la archidiócesis, presidir la junta Archidiocesana de Acción Católica...

Simultáneamente y ya en plan profesional, impartía conocimientos culturales en las cátedras de Historia de la Civilización, e Historia Moderna y Contemporánea.

La revista «Catolicismo» contó siempre con su inteligente y asidua colaboración. Pero donde se volcó con mayor intensidad hasta su muerte fue en la Sociedad Brasileña en Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP). Fue su fundador en el año 1980; y la dirigió hasta su muerte, alentándola en pro de los ideales tan fundamentales que promueve.

¿Qué son las TFPs? Son una gran colectividad espiritual y social ideológica dentro de esa universal familia que es el Catolicismo, que trata de fomentar en el mundo moderno tres fundamentales ideas: la Tradición, la Familia y la Propiedad. Son ideas muy contrapuestas a las corrientes que circulan hoy por gran parte de la sociedad; pero que son las que el cristianismo verdadero debe defender, siguiendo la doctrina de la Iglesia. Y a eso iba el doctor Corrêa de Oliveira. Era, como él mismo decía, una Revolución contra la Revolución.

La Revolución perniciososa en estos tiempos modernos —venía a decir— está basada en el orgullo y la sensualidad. Contra esa tesis se enfrentó él —revolucionario— con una tenacidad que podría producir un rictus escéptico entre muchos modernos, pero que él la basaba en la Fe: «Los escépticos podrán sonreír. Pero la sonrisa de los escépticos jamás consiguió detener la marcha victoriosa de los que tienen Fe».

Tradición. Vivimos en el tiempo, y el tiempo fluye. Pero fluye dejando algún rastro; y de ese rastro vivieron los que nos precedieron; y en ese rastro venimos nosotros; y detrás de nosotros, llegarán los que nos sigan. No podemos prescindir de la tradición.

Familia. Dios ha querido que, por vía natural, la sociedad se propague por medio de la institución familiar; y que en ella se desenvuelvan los gérmenes biológicos y culturales,

que generosamente Él ha derramado sobre los seres humanos. Habrá que defender por todos los medios a nuestro alcance la institución familiar fundada por Dios.

Propiedad. Existen, sí, bienes comunes, a disposición de todos; el aire, la luz del día, el agua que fluye... Dios los ha preparado para la humanidad entera. Pero también hay otras cosas, que cada uno de nosotros ha podido encontrar o conseguir a base del uso legítimo y libre de sus cualidades personales. Son tuyas, porque en el fondo él y sólo él las ha producido, o a él legítimamente le han venido de parte de otros que las produjeron. Nadie con razón se las puede disputar.

[...]

Los ideales ya antes expuestos que mueven a estos numerosos grupos encierran un entrañable amor al Papado, a la Eucaristía y a la santísima Virgen. Les ha caído en gracia sobrenatural la devoción a nuestra Señora de Fátima, a la que pasean devotamente por pueblos y ciudades. Como se ve, se trata de una fuerte actuación apostólica, abrazada con la devota piedad a Cristo y a su Madre.

Una vida de ochenta y seis años así consumida por *la Gloria* de Dios, no podía menos de ser premiada con una dulce muerte. Veinte años antes de su fallecimiento se había ofrecido como *víctima* ante la gran crisis por la que atravesaba la Iglesia, y por cuya solución él trabajaba. Al día siguiente de este generoso ofrecimiento, un accidente automovilístico le dejaba gravemente herido, con secuelas que le habían de durar todo el resto de su vida.

El primero de setiembre de este año pasado tuvo que ser hospitalizado; y ya no levantó cabeza. La cabeza no; pero los ojos *del alma*, sí: «A ti, Señor, levanto *mis* ojos; a Ti que habitas en el Cielo». Con profunda paz de espíritu Dios se lo llevó al cabo de un mes, para premiarle todos sus afanes e esta tierra.

Pocos días antes de su ingreso en el hospital, se mostraba lleno de vitalidad; pero en su interior parecía presentir algo, a juzgar por las diversas insinuaciones que se permitía formular acerca de su fin. Sin embargo, no alteró su forma de vida como no fuera para aumentar el tiempo que dedicaba a sus oraciones.

El cáncer de hígado que se detectó avanzado no dio lugar a esperanza de ninguna clase; y él escuchó el pronóstico con la serenidad de siempre. Alentaba y estimulaba a los demás él, que sabía que estaba en el umbral de la eternidad. ¡Bienaventurados los que mueren en el Señor!

Quiero terminar estas líneas con un trozo de la oración que él compuso para pedir almas que amen la Cruz: «Por los méritos de vuestra preciosísima sangre, da a mi inteligencia la claridad necesaria para comprender el papel del dolor; a mi voluntad, la capacidad de amarla con todas las fuerzas del alma».

(De *Reino de Cristo*,
octubre de 1996)